

ANTHONY G. MURPHY

FBI

**UNA
PELIGROSA
SONRISA**



ANTHONY G. MURPHY

UNA PELIGROSA SONRISA



DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL ROLLAN. Madrid, 1960
PRINTED IN SPAIN



EDIFICIO ESPAÑA.—MADRID

N.º Rgto. 867.—1960

DEPÓSITO LEGAL. M. 3963.—1960

José RUIZ ALONSO - Impresor - Quiliones, 2 - Tel. 24-86 51 - Madrid

I

EL tren se detuvo unas quinientas yardas antes de llegar a la estación, porque la luz roja indicaba que no se hallaba libre. Ya vía. Walter Halloway manifestó:

—Descendamos aquí, Edgar.

El capitán Edgar Carridge, de la marina mercante, cogió de la rejilla su pequeño maletín y salió al pasillo, precedido por Halloway, su segundo oficial. Se apearon y se miraron entre sí.

—Fué una buena idea la de acompañarme, capitán. Pasaremos la noche en mi casa y después regresamos a Nueva York. No debiera haber aceptado tu compañía, por no aguararte tus horas de asueto, pero ya que pusiste tanto interés por conocer a mi familia...

Al cambiar la señal, el convoy reanudó la marcha. Estaba compuesto por muchas unidades, y tuvieron que esperar varios minutos para poder cruzar al otro lado.

Bajaron un pequeño terraplén y atravesaron luego una pradera. La humedad de la jugosa hierba calaba poco a poco las suelas de los zapatos de los dos viajeros. Halloway volvió a hablar.

—El sitio donde vamos queda más cerca de aquí que de la estación. Ganaremos tiempo.

—Perfectamente, Walter.

Llegaron a la carretera. Las luces de Albany elevaban al espacio su variada gama de colores.

Pronto volvería a llover.

Walter Halloway apresuró el paso con la esperanza de llegar antes de que les sorprendiera la lluvia.

Se encontraron en los arrabales de la ciudad cuando empezaban a caer las primeras gotas. La calle por donde avanzaban estaba en su mayor parte sin edificar. Había algunas casas y muchos solares. Y

en el centro un pequeño chalet blanco, cuadrado, de una sola planta y tejado de pizarra.

Halloway empujó la puertecilla de madera, cruzaron el jardín y oprimió el pulsador del timbre.

—¡Walter!

Halloway levantó en vilo a la pequeña mujer de cabellos blancos y ojos bondadosos que había abierto la puerta. Inmediatamente estampó dos sonoros besos en cada una de sus mejillas.

—Ahórrate tus habituales lamentaciones, vieja gruñona. Esta vez he tardado mucho en venir, ya lo sé. Te presento a Edgar Carridge, el capitán de mi barco. Ya me has oído hablar de él. Edgar, ésta es Molly, el mejor sucedáneo de madre descubierto hasta ahora. Cuida de los Halloway desde antes de que nació.

El capitán, ya en el vestíbulo, se quitó la gorra de plato y saludó cortésmente a la dueña de la casa.

—¿Dónde está Frank? —preguntó Halloway.

—En el comedor. Íbamos a cenar en este momento.

—Me alegro, porque tengo un hambre canina. Y el capitán también debe de sentir apetito.

Pasaron al comedor, después de asearse los viajeros. No era muy espacioso, pero estaba amueblado discreta y confortablemente. Carridge se quedó en el umbral, observando.

El muchacho pálido y delgado que se encontraba sentado ante la mesa se levantó y avanzó sonriente, extendidas las manos. Sus ojos sin luz parecían querer taladrar las sombras que le envolvían.

—¡Hola, hermano! ¿Cómo te encuentras? —saludó Walter Halloway en tono jovial.

—Muy bien.

—¿Quién es? —preguntó el ciego, dirigiendo su muerta mirada al sitio ocupado por el capitán Carridge.

Éste se sobresaltó ligeramente. No había hecho el menor ruido, y, sin embargo, los agudos sentidos del ciego habían percibido su presencia en aquella habitación.

—Es Edgar Carridge, el capitán del «Kansas», mi capitán, muchacho. Me ha oído hablar tanto de vosotros que decidió pasar conmigo esta noche.

—Hizo perfectamente. Sea bienvenido a su casa, capitán.

El ciego extendió la mano derecha, que Carridge se apresuró a

estrechar.

—Celebro conocerle, Frank.

—Siéntate, Edgar —intervino Halloway—, veo humear la sopera. Hablaremos después de cenar.

Apareció la dueña de la casa, puso dos cubiertos más y aclaró:

—Hay comida bastante, pues dispongo de algunos fiambres. No os quedaréis con gana, desde luego.

Halloway se sentó a la derecha del ciego y Carridge en la silla de enfrente. Molly sirvió la sopa.

—La echaba de menos —comentó Walter Halloway—. Las comidas del barco son monótonas.

—Escucha, Walter —dijo el ciego de pronto.

Halloway continuó hablando sin hacerle caso. El capitán Carridge miraba alternativamente a los dos jóvenes y a la mujer. Tenía la sensación de que su segundo oficial hablaba sin respirar para evitar que el otro formulara alguna pregunta determinada.

Pero la impaciencia del ciego no permitió al marino salirse con la suya.

—Perdóname, hermano —dijo—. Ya me contarás todo eso en otra ocasión. Desde que recibí tu última carta no he tenido un momento de sosiego. Debes comprenderlo, Walter. Supongo que no te importa hablar delante del capitán.

—No, no... Sin embargo...

—Dime una sola cosa, Walter. ¿Salió bien el negocio que ibas a emprender?

Hubo un silencio tenso, deprimente, cargado de intranquilidad. El rostro de Walter Halloway se puso repentinamente serio. Aunque sabía que el ciego no podía verle, pareció evitar su vacía mirada. Dejó el tenedor sobre la mesa, y repuso con voz opaca:

—Lo siento, Frank. Abortó en sus comienzos.

La voz del ciego tembló al inquirir.

—¿Entonces...?

—No habrá operación por ahora, muchacho. Hemos de seguir ahorrando de mi sueldo. Un día de estos recibirás otra remesa. En cuanto sobre.

El rostro del ciego tenía una expresión patética. La expresión no está solo en los ojos. Puede existir también en la rigidez de unas facciones, en el rictus amargo de unos labios, en una mano

crispada.

—Comprendo —susurró—. Fué tan esperanzados tu carta...

—Pequé de optimista, como siempre. Es cierto que se me presentó una oportunidad, pero no debí decirte nada hasta que el asunto hubiese estado en marcha. ¡No sabes cuánto lo lamento, Frank!

—Sí que lo sé. ¡Qué le vamos a hacer!

—Has de tener paciencia todavía, muchacho.

—No me falta, Walter. Creo haberlo demostrado —replicó el ciego con suave y melancólica resignación.

—En ese caso, levanta el ánimo. Quizá me salga otra cosa por ahí que nos sirva para hacer algunos ingresos extra. Seguiré buscando.

—Me entristece más que nada haberme convertido para ti en una carga. Saber que va pasando el tiempo y tú te sacrificas no sólo para atender nuestras necesidades más perentorias, sino para reunir dinero que emplear en esa operación... que no me harán nunca.

—Tranquilízate. Tenemos un invitado y no me parece bien que hablemos de nuestras cosas y no le hagamos caso.

—Es verdad —reconoció el ciego—. Dispénseme, capitán.

—No se preocupe, muchacho —dijo Edgar Carridge sonriendo—. Es natural que traten ustedes de sus asuntos, sobre todo si son de tanta importancia como éste.

—Ya lo haremos en otra ocasión. Cuéntenos usted algo de sus viajes. Walter me refiere todo cada vez que viene, pero creo que inventa mucho. ¿Cómo es, en realidad, la vida en un barco?

—Verá —explicó Carridge—. A mí, lo mismo que a Walter, me encanta el mar y...

La disertación del capitán duró cerca de media hora. Hubo un momento en que con su charla consiguió, al parecer, que el ciego olvidara, al menos momentáneamente, la tragedia de sus ojos sin luz. Le vieron reír en varias ocasiones.

—Permítame que le felicite por su cena, señora —terminó diciendo Carridge—. Hacía tiempo que no comía tan bien.

—Gracias —repuso la dueña de la casa.

Ésta empezó a retirar los platos de la mesa. Los tres hombres encendieron sendos cigarrillos y Walter Halloway manifestó al cabo de un rato.

—Enseñaré a Edgar su habitación. Así podrá retirarse cuando lo desee. Mañana hemos de madrugar.

—¿Por qué? Yo supuse...

—No supongas nada, mamá. Zarparemos el jueves hacia Veracruz y otros puntos de la costa.

Los dos hombres salieron y Halloway acompañó al capitán a una confortable alcoba que había al fondo de la vivienda.

—¿Qué le pasó a tu hermano? —preguntó Carridge.

—Un accidente de moto. Le gustaban mucho las motos. Compró una... y se dio el trastazo. ¿No has visto la cicatriz que tiene en la frente?

—Sí. Y esa operación...

—Le devolvería la vista. Es arriesgada, pero hoy día se realiza con muchas probabilidades de éxito.

—Entiendo. Volvamos al comedor. Todavía estaré con vosotros un rato.

Regresaron. El ciego había conectado la radio y escuchaba un concierto de Brahms transmitido por una emisora de Nueva York. Walter Halloway tomó asiento, y Edgar Carridge se dedicó a curiosear por allí. Había una estantería con numerosos libros de Medicina.

—Frank iba camino de ser un gran médico —explicó el marino—. Estudiaba el tercer grado cuando... cuando el accidente.

Absorto en escuchar la música, el ciego pareció no prestar atención a las palabras de Walter Halloway. Pero luego, de pronto, manifestó con voz ligeramente trémula:

—No hables de eso, Walt. Me entristece recordarlo.

Los tres hombres quedaron en silencio, y las majestuosas notas del concierto de Brahms los envolvió todavía durante algunos minutos.

II

HALLOWAY acabó de rellenar el impreso de giro y se acercó a la ventanilla, silbando la célebre canción «Diana», que el joven Paul Anka acababa de hacer famosa. Asomó un rostro femenino, de gesto indiferente, casi desdeñoso, que un segundo después lucía una cordial y sugestiva sonrisa.

Era el efecto que Walter Halloway provocaba invariablemente entre las mujeres. Pero él no se daba importancia. Entregó la cantidad que iba a imponer, más el importe de los derechos de giro, recogió el resguardo y dijo en tono amable:

—Gracias, preciosa. Buenos días.

No volvió la espalda, a pesar de que el prolongado suspiro de la empleada llegó hasta sus oídos. Parado en la acera, consultó el reloj. Le quedaban tres horas y un par de dólares por todo capital. Poco dinero para matar el tiempo de una forma agradable. Después de encender un cigarrillo, dirigió la mirada al cielo.

Corría el mes de diciembre y la temperatura era glacial. El viento del norte congelaba la atmósfera. No obstante, Halloway iba a cuerpo. Debajo de la americana azul con botones dorados, llevaba un jersey del mismo color, de cuello alto, y la gorra de plato ligeramente ladeada.

Anduvo despacio en dirección al puerto, sin cesar de silbar su canción favorita. La escasez de fondos no le hacía sentirse por lo visto desgraciado.

Un coche frenó junto al bordillo, y Walter Halloway trocó su melódico silbido por otro de admiración. No era por el coche, aunque se trataba de un Cadillac de color gris, último modelo, sino por la mujer que lo conducía.

—Oiga.

Walter Halloway miró en torno suyo, pero no había cerca ninguna otra persona. Se aproximó al coche, llevándose la mano a la gorra.

—¿Es a mí?

—Sí. ¿Quiere subir?

Halloway quedóse perplejo. Fué arrancado de su asombro por la que, esgrimiendo una sonrisa nada recomendable para el sistema nervioso de los demás, insistió:

—Le he preguntado que si quiere subir. Le llevaré.

—¿Está segura de no confundirse? —interrogó el joven, escamado.

—Estoy segura. ¿Sube o no sube?

Rodeó Halloway el Cadillac, abrió la puerta del otro lado y se instaló en el asiento delantero, junto a la muchacha, mirándola descaradamente.

—Supongo que no habrá imaginado...

—En este momento —la interrumpió el joven— mi capacidad de imaginación es nula. Me limito a esperar explicaciones.

La mujer pisó el acelerador, y el silencioso automóvil reanudó la marcha.

—Comprendo que le parecerá, extraño —dijo ella sin mirarle, atenta a conducir—, pero es el caso que le estaba buscando.

—¡Ah! De manera que me estaba buscando. Muy bien. Eso quiere decir que me conoce.

—Jamás le había visto hasta ahora.

Antes de responder, Walter Halloway examinó con más atención a la muchacha. Era muy joven y extraordinariamente atractiva. En su rostro, de líneas delicadas y bien dibujados labios, enmarcado por el rojizo y ondulado cabello, destacaban los ojos glaucos, un poco rasgados, de profundo mirar y expresión levemente fatigada. Llevaba puesto un abrigo de piel de esos que se pagan con un cheque de cinco cifras.

—Usted me buscaba sin conocerme, y me ha encontrado. Interesante. Confieso que me gustaría saber cómo se las ha arreglado para conseguirlo.

—Me facilitaron una detallada descripción de usted. Seis pies de altura, anchas espaldas. Pelo rubio rebelde. Ojos claros, unos ojos muy particulares, risueños. Desenfadado, jovial. Sonríe

constantemente y lleva traje de marino. Debajo, un jersey azul de cuello alto. Tiene una pequeña cicatriz en la frente, junto a la ceja izquierda. Silba con frecuencia, y las mujeres se desmayan al verle.

—Perfecto, señorita. Ya puede ir desmayándose.

—Otro día. De momento, será mejor que hablemos. Se llama Walter Halloway, ¿verdad?

—Siento no poder negarlo. Palabra que me hubiera gustado ver la cara que ponía si, a pesar de esa honrosa y detallada descripción de mi persona, no hubiera sido yo el que buscaba. De todas formas, su acierto al encontrarme tiene cierto mérito. Esta ciudad es muy grande.

—Pregunté en el barco y me dijeron que no estaba, pero el primer oficial me informó amablemente de los sitios que frecuenta y en los que podía hallarle. Le conocían a usted en todos. ¡El alegre Halloway! Una muchacha morena, cajera de un bar, a la que abordé, puso los ojos en blanco al oír su nombre, y me indicó que había ido usted a la estafeta.

—Estupendo. La popularidad me emociona. Y puesto que ya tenemos mi ficha completa, hagamos la suya. Veintidós años, abrigo de visón, Cadillac 1959, ojos verdes, cabello rojizo. Imita un poco a Rita Hayworth en el peinado, está algo cansada y... Bueno, ignoro en absoluto cómo se llama y qué quiere de mí.

—El nombre no importa ahora, Halloway. Lo que quiero de usted es muy sencillo. Hacerle una proposición que tal vez le interese.

—Mi barco zarpa dentro de tres horas. Pero no importa. Conozco un sitio cerca de aquí donde me cederán gratis un reservado. Supongo que tendremos tiempo...

—Es usted simpático, Halloway —cortó la muchacha bruscamente—. No lo estropee diciendo inconveniencias. Lo proposición que desea hacerle es de tipo... comercial.

—¡Ah! ¿Y se puede saber adónde me lleva? Yo me dirigía al puerto y nos estamos desviando mucho.

—No se alarme. Acepte o no, llegará a bordo con tiempo de sobra.

—Bueno. ¿Y por qué no se decide a largar amarras?

—No entiendo ese lenguaje.

—Quiero decir que me vaya explicando esa proposición...

comercial. Estamos solos y nadie nos oye.

—Otra persona le hablará.

—Odio los misterios, señorita.

Esperó unos momentos, pero ella no se molestó en recoger la insinuación.

—Soy —prosiguió Walter Halloway— un hombre transparente. Hablo claro y me gusta que me hablen claro.

—Un poco de paciencia. Nada pierde viniendo conmigo. ¿O es qué tiene miedo?

Walter Halloway soltó una alegre carcajada.

—Pise a fondo, nena. Iré adonde usted quiera.

—Haga el favor de no llamarme nena. No me agrada.

—Como desconozco su nombre...

—Khaterine Wilbur. ¿Le sirve?

—Desde luego.

Miró Halloway a través de la ventanilla. Marchaban por Lafayette Street, en dirección al norte de Manhattan.

Le habían salido al paso muchas aventuras con mujeres a lo largo de su vida, pero ninguna tan extraña. Parecía todo un poco absurdo, y, sin embargo, resultaba evidente que aquella mujer le buscaba a él.

No volvieran a cambiar palabra hasta que la muchacha detuvo suavemente el Cadillac junto a una casa de apartamentos de la calle 65.

—Ya hemos llegado —anunció.

Bajaron del coche y entraron en la casa. En el ascensor comentó Halloway:

—Ahora que la veo de pie, compruebo que la figura no tiene nada que envidiar a la cara.

Katherine Wilbur no contestó. Dejaron el ascensor en el piso octavo, donde había media docena de puertas numeradas. La muchacha abrió con un llavín la que ostentaba el número cinco e invitó:

—Adelante, Halloway.

Entraron en el vestíbulo sin más muebles que un perchero y dos sillas. De allí, pasaron a una especie de cuarto de estar, provisto de un lujoso tresillo tapizado en verde, una mesita, un mueble-bar, radio empotrada, una lámpara de pie y un armario-librería. La

calefacción era muy fuerte.

El hombre que estaba sentado en uno de los sillones, leyendo una revista, se levantó al aparecer ellos. Representaba unos cuarenta años. Era de estatura corriente, facciones correctas, mirada dura y cabello ligeramente gris. Vestía con distinción. Tendió su mano al joven.

—¿Walter Halloway? —preguntó—. Mucho gusto. Me llamo Clark Drake.

—El gusto es mío —contestó el marino estrechando la mano que le tendían—. Y la sorpresa también.

El hombre sonrió, compresivo. Dirigiéndose a la muchacha, que permanecía en el umbral, esperando, manifestó:

—Gracias, Katherine.

Ella salió, cerrando la puerta, y el sujeto invitó a Halloway:

—Siéntese. ¿Qué prefiere de beber?

—Prefiero oír, palabra.

—Habrá tiempo para todo. ¿Le sirvo «*whisky*»?

—Bueno.

Llenó el hombre dos vasos hasta la mitad, añadiendo seltz, y tomó asiento frente al recién llegado.

—La forma de ponerme en contacto con usted es un poco rara, lo reconozco. Lo comprenderá fácilmente cuando le exponga mi deseo.

—Expóngalo pronto. Mi barco sale dentro de dos horas y media. Excelente «*whisky*».

—Celebro que le agrade. ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

—Vamos al asunto, Halloway. Poseo una ficha completa de usted. Veintiocho años, soltero, segundo oficial del mercante «Kansas», conducta intachable.

—Eso ya me lo sé.

—Claro, claro. Le daba estos detalles únicamente para demostrarle que me he informado a fondo sobre su persona antes de decidirme a abordarle.

—¿Y por qué no se explica por las buenas en lugar de andar con tantos rodeos?

—De acuerdo. Procuraré ser breve, puesto que usted parece partidario del laconismo. No es mi estilo, desde luego, pero lo

intentaré. El «Kansas» zarpa en lastre a la una y media. Cargará algodón primeramente en Jacksonville y después en Nueva Orleáns. Harán otra escala en Galveston para repostar, y seguirán de un tirón hasta Veracruz. Una semana. Pongamos otra para descargar el algodón y recibir un cargamento de cuero. Son quince días. El regreso, directo, llevará otros tres y medio o cuatro. Total, unos veinte días, al cabo de los cuales, si no ocurre nada anormal en la travesía, estarán otra vez en Nueva York. ¿Voy bien?

—Como un reloj.

—Conozco la ruta y las características del barco. Es del tipo «Liberty» y desplaza once mil toneladas. Rinden mucho esos motores de turbinas a vapor. No se impacienta, Holloway, ya termino. Lo que deseo de usted es que en Veracruz se entreviste con cierta persona en determinado sitio. Esa persona le dará un paquete para mí, fácilmente transportable. Usted me lo entrega cuando vuelva, y nada más.

Walter Holloway aplastó el cigarrillo en el cenicero y se puso en pie.

—Lo lamento —dijo—. Se equivocaron conmigo. Buenos días.

Clark Drake, sin alterarse, exclamó:

—¡Aguarde un momento! ¿No quiere conocer más detalles del asunto?

—Sobra con los que ha tenido la gentileza de proporcionarme —ironizó el marino—. No sé quién es usted, ni me importa; pero voy a decirle algo. Muchos compañeros míos cayeron en el error de aceptar encargos parecidos, pensando en obtener de ese modo fáciles ganancias. Algunos realizaron su cometido una vez, y luego otra, y otra. Cada día más confiados. Era muy sencillo. Hasta que una mañana, al llegar al puerto, se encontraron con dos tipos de sombrero y gabardina que les invitaron a seguirles. Allí acabó todo. El final es siempre el mismo: Sing-Sing o Alcatraz.

—Un segundo, Holloway.

—No se moleste. No me gustaría que me encerrasen.

—Tiene usted ideas muy firmes. Permítame que le aclare algunos puntos. Eso que usted dice les ocurre a los tontos, a los ineptos. Unos despiertan sospechas porque gastan más de lo que su sueldo les permite y no saben disimularlo. Otros, porque se van de la lengua. Hay a quien le pierden las mujeres, el alcohol, la

ambición excesiva. Siempre las mismas causas.

Walter Halloway bostezó ostensiblemente. Su interlocutor, sin darse por aludido, prosiguió:

—Ahora bien. Yo jamás repito muchas veces la suerte con el mismo sujeto. Prefiero cambiar a menudo, y hasta ahora no he fallado nunca. Usted es un hombre despierto, audaz, sin nervios. Bajo su aparente jovialidad se oculta un carácter reservado. Además, no resulta sospechoso a la Policía. ¿Cree que iban a cogerle a la primera?

—Tal vez no. Pero después de la primera viene la segunda y más tarde... Prefiere no correr el riesgo.

—Lo tengo todo bien estudiado, Halloway. No existe ningún riesgo y no habría segunda vez en su caso. Imagino que sería lo bastante listo para retirarse a tiempo.

—Escuche, amigo. Se me hace tarde y no puedo seguir discutiendo con usted. He dicho que no, y basta. Y agradézcame que no le denuncie a la Policía.

—No sea ingenuo. Yo sé jugar mis cartas y prevenir todas las contingencias. Nada adelantaría denunciándome, entre otras razones porque no podría aportar prueba alguna de esta conversación. Su palabra contra la mía, Y sospecho que la mía vale un poco más, sin que quiera con esto ofenderle.

—No me ofende. Además, ese punto carece de importancia, puesto que no pienso denunciarle. Repito los buenos días.

—Adiós, Halloway. ¿Le importaría contestar a una última pregunta?

—Según de lo que se trate.

—Una simple curiosidad. ¿Cuánto dinero lleva en el bolsillo?

—Bastante más de lo que necesito: dos dólares. En el barco me dan de comer gratis y no hay gastos. Duermo a gusto.

—Perfectamente. ¿Y hasta cuándo va a estar ahorrando para reunir la cantidad que necesita, a base tan sólo de su sueldo? Tardará años.

Walter Halloway avanzó un paso. Su mirada ya no era risueña. Se había tornado dura, hostil.

—Sabe demasiadas cosas acerca de mí.

—Ya se lo advertí al empezar. Mi servicio de información es de lo mejorcito.

—Eso parece.

—¿No siente tampoco curiosidad por enterarse de lo que ganaría llevando a cabo ese... trabajo?

—Ninguna.

Abrió Walter Halloway la puerta de la estancia. Drake, sonriendo ampliamente, puntualizó:

—Veinticinco mil dólares, Halloway. Ya puede marcharse. Siga durmiendo a gusto.

La puerta se cerró de golpe. Walter Halloway atravesó el pequeño vestíbulo sin ver a la muchacha que le había llevado allí. Cogió la gorra del perchero y salió al descansillo.

Mientras bajaba las escaleras, muy despacio, intentó en vano silbar «Diana». No le salía, al parecer. Se detuvo en el tercer piso para encender un cigarrillo y continuó su lento descenso hasta llegar al portal. Una vez aquí, volvió a detenerse.

Luego, entrando en el ascensor, pulsó el botón correspondiente al octavo piso.

III

DURANTE unos minutos, el barman agitó epilépticamente la coctelera, y, finalmente, llenó las copas, añadiendo una guinda en cada una. Los tres individuos que se encontraban sentados ante el mostrador, entre otras muchas personas de ambos sexos, que se apretujaban entre sí, bebieron lentamente, sin cesar en la contemplación del cuerpo esbelto y bronceado de la joven que, contoneándose rítmica y graciosamente, cantaba con voz cálida, insinuante y pastosa un mambo. La música era pegajosa y estaba interpretada por una orquesta compuesta exclusivamente por negros.

La mujer llevaba una falta larga, de raso plateado, abierta por el centro. De cuando en cuando, al moverse, dejaba al descubierto sus bien torneadas y bonitas piernas. Una blusa muy ajustada cubría, sólo en parte, el busto agresivo, y la azulada luz de un reflector arrancaba cambiantes reflejos a la negra cabellera.

—Hoy lo echaremos a suertes —dijo uno de los tres individuos que bebían cocktails en el mostrador—. ¿Qué te parece, Andy?

El interrogado, un tipo pequeño, muy atildado y de rostro ceniciento, arrugó el entrecejo.

—Es una maldita mestiza —masculló.

—Precisamente en eso estaba yo pensando —aseguró el tercero, sujeto fornido y de ojos saltones—. Lo que ocurre es que temes perder. Te gusta la chica más que nada en el mundo. Sólo hay que verte mirarla.

—¿Vas a callarte de una vez? —chilló el tipo delgado.

—La verdad no debe molestarte y si tú no entras en el juego, lo haremos Fred y yo.

El llamado Fred, Fred Walcott exactamente, era de estatura

corriente, algo más viejo que sus compañeros. Había en sus cabellos abundancia de tonos grises y en su rostro una expresión escéptica.

—De acuerdo, Brian. Tú y yo solos. Es mujer que justifica se manden al diablo los prejuicios raciales.

—También justifica, seguramente, el interés de Andy por la adquisición de este local. El «Tijuana» serviría a la perfección para encubrir nuestros negocios... y quizá para que Ketty Obregón...

—¿Acabaréis de una maldita vez? —interrumpió Andy Kells, el sujeto de aspecto enfermizo—. Como me hagáis perder la paciencia, se os terminó la diversión por esta noche...

—Bueno, bueno —prosiguió Brian Prentis con un amplio ademán—. No es menester ponerse así. Es más, si a ti te molesta, ni lo intentamos siquiera.

—No, no me molesta.

—Ya —dijo Walcott, el de los cabellos grises, con cierta razonable duda—. Tú fracasaste en alguna ocasión y piensas que vamos a fracasar nosotros. Sin embargo, estoy seguro de que esa muchacha no nos resistirá ni a Brian ni a mí.

—Lo veremos.

El flaco continuó bebiendo el cocktail. Su estudiada actitud de indiferencia no engañó a los otros. No obstante, como también a ellos les gustaba enormemente la cantante, siguieron adelante con su idea. Extrajo Fred Walcott una moneda del bolsillo y la arrojó al aire.

—Cara —dijo Brian Prentis.

Su amigo recogió la moneda con la palma de la mano izquierda y la tapó con la derecha. Al descubrirla, de sus labios se borró la sonrisa.

—Tú ganas, Brian —explicó innecesariamente.

El corpulento Brian Prentis se frotó las manos con satisfacción y volvió de nuevo a mirar intensamente a la artista.

—Yo que tú no lo intentaría —varió de parecer Andy Kells.

Brian Prentis se detuvo antes de bajar del alto taburete en que se hallaba encaramado. Su rostro se puso serio de improviso.

—Si es una orden, no hay más que hablar, Andy. Tú mandas. De lo contrario, me gustaría probar suerte.

Andy Kells se encogió de hombros. La bronceada y bellísima muchacha había concluido su canción y se retiraba de la pista en

medio de una gran salva de aplausos.

—Mirad, allí queda una mesa libre.

Prentis descendió con sorprendente agilidad, cruzó la sala seguido por sus compañeros y los tres se instalaron inmediatamente en el lugar que los otros clientes acababan de abandonar.

—Te dijimos que llamaras reservando una mesa y no te dio la gana —gruñó Prentis—. Ahora podréis esperarme a gusto, Andy.

—Yo no pienso esperarte, Brian. Hablaré cuanto antes con Martínez y si todavía no llega a un acuerdo conmigo, me retiraré.

—¡Hombre, por favor! Te lo digo en serio. Si te molesta que yo... En fin, ya sabes lo que quiero decir. Dejaré a Betty tranquila.

—¡No me volváis a hablar de ella! —Perdió el tipo de aspecto enfermizo su compostura—. Ve y haz lo que se te antoje. Todo esto me importa un comino.

Al «Tijuana», uno de los más famosos *cabarets* de Veracruz, concurría un público heterogéneo. Turistas yanquis y europeos, oficiales y marinos de los barcos surtos en el puerto, naturales del país de rostros enjutos y ojos ardientes, que miraban con desprecio a los «gringos».

—¡Hola, Andy! No les había visto llegar.

El hombre flaco y de aspecto enfermizo miró al individuo que acababa de abordarles. Sus compañeros hicieron lo propio y se encontraron frente a Ataúlfo Martínez, dueño del establecimiento.

—Tómese unas copas con nosotros, Martínez. Hablaremos de negocios. He recibido atribuciones para elevar la oferta de compra.

Ataúlfo Martínez, gordo y colorado, se acarició la sotabarba y miró a su interlocutor con ironía.

—Vayamos a mi despacho, si no le parece mal. Aquí hay demasiada bulla.

—Mis amigos se quedan. Que un camarero les sirva «*whisky*» y vaya a decir a Ketty Obregón que les gustaría beber con ella.

En los ojos diminutos de Ataúlfo Martínez brilló una auténtica sorpresa.

—¿De veras quiere usted que Ketty alterne con sus amigos? Yo pensé que preferiría...

—No gaste su materia gris, y haga lo que le he dicho.

En el local, decorado con un estilo exótico no exento de buen gusto, había infinidad de mesas, el largo y bruñido mostrador, y, a

los lados, algunos palcos cuyas cortinillas estaban casi siempre echadas, a pesar de no estar desocupados. Podía beberse «champán» francés, «*whisky*» escocés, vinos jerezanos, pulque o simple cerveza. De todo había allí y para todos.

—Como usted quiera, Andy.

Martínez rascóse la cabeza, dubitativo. No acababa de comprender la actitud de interlocutor. Claro que esto no le preocupaba mayormente. Allí cada cual con sus problemas y conflictos. Si Andy Kells, pese a sus enormes deseos de conquistar a Ketty Obregón, pedía que ésta acompañase a Prentis y a Walcott, él debía limitarse a complacerle sin tratar de entrar en el fondo de la cuestión. Sus motivos tendría, y, si no los tenía, tampoco eso era de su incumbencia.

Mientras cruzaban la sala en dirección al despacho, Martínez hizo señas al encargado del «Tijuana» y le transmitió el encargo de Kells.

—Al momento será servido, señor.

El «maitre» trasladó la orden a uno de los camareros y éste se apresuró a marchar al camerino de Ketty Obregón, a cuya puerta golpeó suavemente con los nudillos.

—¿Puedo pasar, señorita?

—Adelante, Carlos. ¿Qué ocurre?

—Esos tipos te esperan en la mesa veinticinco. Ya sabes a quien me refiero.

Ketty Obregón estaba cambiándose de ropa detrás del biombo. En la tela rameada del mismo, su cuerpo escultural se recortaba como en una pantalla mágica.

—¿Cuándo van a dejarme tranquila de una vez? De qué buena gana los mandaré al diablo.

—¿Y por qué no lo haces?

—El patrón los tiene en mucha estima. Y no se puede desobedecer al patrón.

El acento de la joven era de infinita tristeza. El camarero se encogió de hombros.

—En la mesa sólo hay dos. El fornido y el de los aladares grises. El tercero marchó con el jefe a su despacho. Me refiero al delgaducho con cara de muerto. Ignoro qué demonios llevan entre manos.

—Por lo visto quieren comprar el local... con cuánto hay dentro de él, incluyéndome a mí.

La muchacha apareció al cabo vestida con una bata de faralaes, muy larga por detrás, pero que por delante dejaba al descubierto sus bonitas y bronceadas piernas.

—Diles que iré en cuanto acabe este número.

Salieron ambos a la sala. Las luces se atenuaron y el reflector buscó de nuevo el sinuoso cuerpo de Ketty Obregón. La cantante, artista por naturaleza y necesidad, se olvidó pronto de todo para sumergirse en la interpretación. Se trataba de una rumba espasmódica, dislocante, que provocó alaridos de entusiasmo en el público, con repetidos «bravos» y otras palabras menos ortodoxas.

Concluida su actuación, Ketty Obregón acercóse a la mesa ocupada por Fred Walcott y Brian Prentis. Ambos sujetos, durante la espera, habían bebido ya una respetable cantidad de «*whisky*» y no parecían demasiado serenos. A la muchacha no le agradó en absoluto la perspectiva de acompañarlos.

—¡Hola, preciosa! —dijo Prentis, haciendo un chusca genuflexión—. ¿Te acuerdas de nosotros? Ni un solo día, desde hace dos meses, nos perdemos el espectáculo. ¿Quieres saber por qué?

A Ketty Obregón le había dicho ya la razón Kells, una noche parecida a aquélla, presentándose de improviso en su camerino. Sin embargo, tenía que fingir ignorancia.

—La casa expende un buen «*whisky*» y excelentes coctails. También champán y... ¿Acerté?

—No, no acertaste, preciosa. Siéntate conmigo y te explicaré. Mi amigo se marchaba ya.

—Yo no he pensado nunca en marcharme ni lo pienso ahora —masculló Walcott de mal talante—. «Mucho menos ahora» que Ketty está con nosotros. De cualquier forma, no te preocupes. Me limitaré a mirar, sin intervenir. Quizá puedas enseñarme alguna nueva técnica de conquista.

Ketty Obregón se puso tensa y en guardia. Intuía que aquello no iba a acabar nada bien.

—Por favor, muchachos —sonrió a fuerza de voluntad—. Aquí debe de existir algún mal entendido. Yo les acompañaré con mucho gusto... a los dos, pero con una condición.

—¿Qué condición? —se apresuró a preguntar Walcott, medio

entontecido por la presencia de la muchacha.

—A condición de que no se propasen. ¿Entendido?

Los nervios de Ketty Obregón estaban a punto de saltar. No obstante, procuró vencerse a sí misma. Las palabras que acababa de pronunciar, el tono empleado, era el menos adecuado a su estado de ánimo. La hubiera gustado gritar que se fueran al infierno y la dejaran tranquila. No podía hacerlo. Por varios motivos debía mostrarse alegre y hasta condescendiente con aquellos sujetos a quienes odiaba profundamente.

—Entendido —volvió a decir Fred Walcott, sin dudar—.
Hemos preparado champaña para ti.

—Lo he preparado yo —cortó Brian Prentis, con manifiesto malhumor—. Y tú ya puedes largarte. Fue lo acordado.

La joven sentóse entre los dos y bebió un sorbo de champán.

—Me caéis simpáticos y volveré con vosotros otro ratito. Ahora he de cambiarme. Para cada número uso un vestido diferente.

—¡Lástima! —opinó Prentis, cuyos ojos relampagueaban cada vez que los posaba en su interlocutora—. Como tú estarías bien sería sin nada encima.

Un relámpago de ira cruzó por las oscuras pupilas de la artista. Por un segundo estuvo tentada de abofetear a Prentis. Sin embargo, se contuvo e incluso sonrió de nuevo.

—Vuelvo enseguida. Os lo acabo de prometer.

Intentó levantarse, pero Brian Prentis no se lo permitió. La atenazó rudamente por un hombro y la obligó a mantenerse sentada.

—Espera aún, encanto.

—Debo cantar de nuevo.

—Todavía no. La gente está bailando. Puedes esperar. ¿Por qué te muestras tan esquivia con nosotros? Mejor para ti si...

Ella cedió. No quería que por su culpa se organizase en la sala un escándalo, y aquellos energúmenos, especialmente el más fuerte, parecían decididos a provocarlo. Llegó a pensar si no sería una consigna del otro, de Andy Kells, el pequeñajo de aspecto enfermizo, cuyas repetidas y sospechosas amabilidades había rechazado siempre...

—Bueno —dijo—. ¿Qué deseas de mí?

—Eso es ponerse en razón, pequeña. Mira. Vas a actuar de

nuevo. Después, cuando acabes, tú y yo nos iremos a cierto lugar tranquilo e íntimo.

La muchacha, procurando que su voz siguiera mostrándose tranquila, replicó:

—Me temo que eso no va a poder ser. Habéis tomado el número equivocado.

—Conozco a un marino con el cual no sueles mostrarte tan esquiva.

—Eso es de mi exclusiva incumbencia. No creo que deba importaros mucho. Ni a vosotros ni a vuestra querido compinche Kells.

—¿Te refieres a mí, preciosa?

Andy Kells estaba allí, a espaldas de ella, sonriendo enigmáticamente. La muchacha volvióse lentamente y se sintió invadida de un terror desconocido. Aquel tipo pequeño y de aspecto enfermizo siempre le había causado desazón, pero entonces más que nunca.

—Quedamos en que sería yo el que lo intentaría esta vez, Andy —reprochó Brian Prentis con dureza—. Tú no quisiste entrar en el juego y yo gané.

—He cambiado de opinión ahora. Confieso que Enriqueta está hoy más guapa que nunca.

La mujer se puso en pie violentamente. La silla en que había estado sentada cayó al suelo con estrépito.

—¡No consiento que me llame Enriqueta! Sólo mis verdaderos amigos suelen hacerlo.

—Yo soy un amigo, tu mejor amigo, ya lo irás comprendiendo —dijo Kells, con suavidad mucho más peligrosa que su misma violencia.

—Buenas noches —replicó la mujer, concentradamente.

—No tan aprisa, muñeca —insistió Brian Prentis—. Mira lo que tengo para ti..., si accedes a venirte conmigo.

El gorila, como quien esgrime un argumento definitivo, exhibió una cartera repleta de billetes.

—Guarde su dinero... A saber de dónde lo habrá sacado —habló Ketty Obregón, despectiva y glacialmente—. Además, yo no me vendo a cerdos como ustedes.

—¡Sucia mestiza!

Andy Kells hubiera deseado poder evitar lo que se avecinaba. Por otra parte, creía que la muchacha necesitaba un escarmiento y que Brian Prentis era el más indicado de todos ellos para dárselo. Quedóse en actitud expectante y esperó. La reacción de la cantante no se hizo esperar. Alzó la mano y la dejó caer con todas sus fuerzas sobre el rostro del que la había insultado.

Los clientes miraron hacia la mesa 28. Brian Prentis, sorprendido un segundo, acabó por abalanzarse sobre la artista, decidido a devolverle el golpe.

No le fue posible. Una mano, poderosa como una zarpa, le atenazó violentamente y le hizo girar sobre sí mismo para encontrarse frente a un oficial de la marina mercante norteamericana al que conocía por haber coincidido ambos en el «Tijuana» más de una vez. A él precisamente se había referido al decir a Ketty Obregón que con otros solía ser más complaciente. Si no estaba equivocado, se llamaba Walter Halloway, o algo por el estilo.

—¡Quieto, amigo! No me gusta su belicosa actitud. ¿Qué hay, Enriqueta? Creo que llego a tiempo.

A Halloway le acompañaban el primer oficial del «Kansas», y también el capitán del mismo, Edgar Carridge. Pero ni éste ni aquél hicieron intención de intervenir.

—No se meta en esto, Halloway, o como se llame —aconsejó Prentis, con voz trémula de odio—. Será mejor para usted.

El rostro de Ketty Obregón. —Enriqueta para los verdaderos amigos, como ella misma había dicho antes— reflejó una gran alegría al reconocer al joven. Trató de impedir que se enzarzara con aquellos energúmenos, pero era ya demasiado tarde.

—¡Vamos, sucio hipopótamo! ¿Qué pretendías al insultar a esta mujer?

Por toda respuesta, Brian Prentis retrocedió un paso, desorbitados los ojos por la cólera. Acto seguido lanzó un formidable directo a la risueña cara de Walter Halloway.

Ladeó éste su rubia cabeza, y el puño de Prentis sólo encontró el vacío. Impulsado por la violencia que había puesto en el golpe, cayó hacia adelante.

Halloway lo sujetó. Luego, de un empujón, no demasiado fuerte, lo tiró de espaldas sobre la mesa. El contenido de las copas se

derramó sobre el immaculado traje blanco de Kells, cuyo rostro se puso más lívido aún de lo que solía estar de ordinario.

—¡Maldito bastardo! —chilló Kells.

Inmediatamente, como si las palabras del flaco fueran la consigna, se organizó un verdadero pandemónium. Prentis, Walcott, e incluso Kells, se precipitaron sobre Halloway, dispuestos a partirle los huesos.

El encargado del «Tijuaná» recomendó calma, pero nadie le escuchó. Algunas mujeres salieron a la calle gritando. Unas mesas fueron volcadas y el contenido de las mesas se estrelló contra el suelo, con gran estrépito de cristales rotos.

Ketty Obregón, apoyada en una de las columnas de jade, llevóse el pañuelo a la boca para detener el alarido pugnaba por salir de su garganta. Walter Halloway acababa de recibir una feroz patada, y acusó el golpe.

No por mucho tiempo. Con un potente gancho de izquierda, envió a Andy Kells a la región de los sueños, entre residuos de bebida, botellas y vasos rotos. Los otros dos continuaron la pelea, con más saña todavía.

—Sepárenlos, por favor, capitán —pidió la cantante—. Van a matarse.

Edgar Carridge era un hombre relativamente joven, excesivamente guapo para varón, a quien pareció molestar las palabras de la chica. Miró a su segundo, que hacía intención de quitarse la americana, y ordenó secamente:

—No, Archie. Déjalo que se divierta. Al final será el vencedor. ¿Nos apostamos cincuenta?

—Bueno.

Ketty Obregón volvió la espalda a ambos marinos, asustada. No comprendía la idiosincrasia de aquellos americanos. No solían tomar en serio nada. Ni siquiera la posibilidad de que uno de sus compañeros pudiera morir.

Al ver que se acercaba Ataúlfo Martínez, el dueño del establecimiento, la joven corrió hacia él y le agarró nerviosamente las solapas de su impecable *smoking*.

—Haga que los separen, Martínez. Usted no puede consentir...

—Claro que puedo, pequeña. El local ya no es mío. Que hagan todo el estropicio que quieran.

Ketty Obregón sintióse desamparada. No sólo por Walter Halloway, sino por sí misma, por lo que las palabras de Martínez podían significar para ella en el porvenir. No preguntó el nombre del comprador, porque lo sabía.

Pese a todo, su problema no era tan apremiante como evitar que a Halloway pudiera sucederle algo irreparable. Encaróse con unos cuantos clientes masculinos y les formuló el mismo ruego. Un par de ellos parecieron decididos a intentarlo, pero las mujeres que los acompañaban lo evitaron.

—Vosotros no os metáis en nada, Y vámonos. Si viene la Policía papá se enterará de que hemos estado aquí...

Por lo visto, no había tenido suerte en la elección de la posible ayuda. Aquellas muchachas eran hijas de familia y estaban más asustadas que ella misma. Sin embargo, de algo le sirvieron, sin darse cuenta. La joven había nombrado a la Policía y eso era lo que Ketty Obregón iba a hacer. Llamaría a la Policía. Por allí debió empezar.

Corrió por entre las mesas hacia la cabina telefónica y levantó el auricular.

IV

LA pelea continuaba. Prentis, el orangután, acababa de recibir un fuerte patadón en la ingle y se retorció en el suelo, loco de dolor. Holloway, sonriente aún, aunque con la ropa y los cabellos en desorden, entrevió por primera vez la posibilidad de una victoria.

Se abalanzó sobre Walcott, el del pelo gris, y no pudo alcanzarlo, porque el individuo, al verse solo, optó por retroceder. Súbitamente, agarró una silla y se la arrojó a su adversario.

Halloway se agachó, y la silla chocó violentamente contra uno de los numerosos espejos que adornaban las paredes, haciéndolo añicos.

—¿Recuerda lo que la dije, muchacha? —preguntó Carridge, el capitán del «Kansas», a la cantante.

Ketty Obregón, que se retorció ahora las manos con creciente nerviosismo, no respondió. Acercóse a Holloway precipitadamente y se interpuso entre éste y su antagonista.

—Deja esto ya, Walter. He llamado a la Policía.

A Holloway no pareció importarle demasiado la posibilidad de ser arrestado. A los otros, por el contrario, sí.

Kells, que empezaba a recuperarse, se pasó la mano por el rostro y se arrastró fuera del alcance de Holloway. Luego se puso en pie y trató de recomponerse los desperfectos del traje claro.

—Pagarás esto con creces, maldito. Nos volveremos a ver. Como me llamo Andy Kells.

—¿Andy Kells? Repita ese nombre. Temo haber oído mal.

Por un momento, Holloway quedóse como sorprendido. Sus tres enemigos estaban ya en pie, pero no parecían decididos a continuar la lucha, sino a escapar. Soltó una carcajada.

—¡Andy Kells! ¡Tiene gracia, muchísima gracia!

Ketty Obregón le miró asustada. Por un segundo creyó que Halloway se había vuelto loco. Dirigió sus ojos interrogativamente hacia el capitán Carridge y su segundo, y descubrió en aquél una sonrisa extraña, mientras el otro se encogía de hombros sin comprender tampoco la actitud de su camarada.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Tiene una gracia enorme —repitió Halloway, casi con lágrimas en los ojos a causa de la risa.

En aquel momento, afuera comenzaron a sonar las sirenas de la Policía, todavía algo lejanas. Kells, Prentis y Walcott, como ratas temerosas, escaparon de allí.

—Vamos a mi camerino, Walter.

La voz de la chica trajo al joven a la realidad. La cogió por los bellos hombros semidesnudos y cruzaron el salón. Al pasar junto a sus dos compañeros, Halloway les guiñó el ojo.

—«Y la más hermosa, sonrío al más fiero de los vencedores» —recitó.

El «jeep» de la Policía acababa de frenar ante la puerta. Los camareros se apresuraron a poner en orden las mesas, y Martínez hizo señas a la orquesta para que siguiera tocando. Los músicos obedecieron enseguida, y unas pocas parejas, cuyas mujeres estaban contratadas por el dueño para no dejar que la clientela se aburriese, comenzaron a bailar.

Cuando la Policía entró, apenas se notaba rastro de la fenomenal lucha.

—¿Qué hubo, viejo? Alguien llamó diciendo que aquí ardía Troya.

—No fue nada, viejo —replicó vivamente Martínez al policía que le había formulado la pregunta—. Unos ajumados de genio vivo se enzarzaron, no más. Ni siquiera se ha derramado una simple gotita de sangre.

—Ta bien, viejo. Para otra vez impide me arranque nadie de mi partidita en el retén. No me gusta esta clase de bromas.

—Prometido no más, viejo.

Algo por el estilo esperaban Halloway y Ketty Obregón que ocurriera, y no se sorprendieron por el diálogo entablado entre el jefe de la Policía y Ataúlfo Martínez. Era el diálogo corriente en casos semejantes. Ambos hombres se estrecharon las manos. Era también lo corriente para que, subrepticamente, pasaran a poder

del policía unos cuantos pesitos, por las molestias.

Martínez le acompañó hasta la puerta, y luego se volvió a Ketty Obregón.

—Vamos, cámbiate enseguida. Has de actuar de nuevo. Digo, si a ti te parece. Te dije ya que...

Halloway y la muchacha se decidieron por fin a trasponer la cortina que cubría el pasillo donde estaban situados los camerinos. Antes de hacerlo, todavía Halloway envió un irónico saludo con la mano a Carridge y al segundo oficial, que ya se dirigían hacia el mostrador, decididos a iniciar su noche de asueto como solían hacerlo siempre que tocaban puerto. Ahora beberían abundantemente y después decidirían si regresaban al «Kansas» o imitaban a Halloway, buscándose una bonita y cariñosa compañera como Ketty Obregón.

Ésta y Halloway entraron en el camerino de la muchacha y él se dejó caer en una de las butaquitas, con un suspiro de alivio. Ella tomó un frasco de colonia y empapó un pañolito, con el cual humedeció las magulladuras que Halloway tenía en el rostro. El joven, mientras, la agarró del talle y la obligó a sentarse en el brazo del sillón.

—Prefiero que me beses, Ketty.

—Los besos, después. Ahora es necesario que te estés quietecito. Tienes la cara hecha una verdadera pena.

—Los tipos aquellos pegaban fuerte.

—Tú también. Mucho más que ellos. Mira tus manos.

Efectivamente, los nudillos de Halloway se mostraban en carne viva y hasta un poco inflamados. Le cogió ella los dedos delicadamente y se los besó, antes de empezar a curárselos.

—¿Ves? Eso está mejor, Ketty. Repite la dosis, pero en sitio más adecuado.

La cantante ya no se resistió. Le echó los brazos al cuello y le besó fuertemente en la boca. Halloway, por su parte, la estrechó contra sí y no la permitió moverse hasta que ambos estaban a punto de quedarse sin respiración.

—Conocí a alguien que presumía de hacer desmayar a las mujeres con un beso. Era un tipo fanfarrón y engreído. Sin embargo, voy a tener que admitir su veracidad, si lo hacía como tú, Walter.

—No veo que te hayas desmayado, Ketty.

—Pero no estoy en mis cabales.

Se puso en pie y llevóse el pañuelo a los labios. Luego se metió apresuradamente tras el biombo y comenzó a desnudarse. Él encendió un cigarrillo y no se decidió a mirar la tela en que el cuerpo de la artista se recortaba.

—Sí, no estoy en mis cabales, Walter. Si lo estuviera, te daría un consejo. Un verdadero consejo de amigos. Vete de mi lado y no te acuerdes más de mí. Es peligroso para tu salud, Walter. Esta noche has podido comprobarlo.

—No me asustan las ratas. Y ahora sé que esos tres individuos son unas sucias y asquerosas ratas.

—El pequeño es traicionero y cruel. Guárdate de él. No te perdonará el ridículo que le hiciste pasar delante de mí.

—¿Por qué delante de ti?

Halloway se puso en pie y se acercó al biombo, en cuyo borde superior colocó su mano derecha. Ella se la acarició desde el otro lado.

—Dame el vestido rojo que hay junto al espejo, Walter...

Halloway obedeció pensativamente e insistió:

—No has contestado a mi pregunta, Ketty. ¿Por qué delante de ti?

—No quise decírtelo en tus anteriores viajes, pero, desde que esos sujetos aparecieron por aquí, el flaco no deja de molestarme. Yo siempre le rechacé, pero esta noche...

—¿Qué ha pasado esta noche?

—Ha comprado el «Tijuana»... con todo lo que hay dentro de él, incluyéndome a mí.

—¡Pe..., pero eso es absurdo!

—Nuestro amor es absurdo. Dejémoslo antes de que sea demasiado tarde. Al fin y al cabo, no te faltarán mujeres a quienes querer... Sé que ha habido otras en tu vida... y que volverá a haberlas.

—Eso he de decidirlo yo, Ketty.

Impulsivamente, metióse el joven detrás del biombo y abrazó a la cantante estrechamente. Ella reclinó la cabeza en el hombro masculino y empezó a sollozar.

—No sé, no sé cómo va a acabar todo esto. Intuyo que vamos a

morir...

Él la besó en la boca de nuevo. El cuerpo trémulo de la joven buscó amparo y calor en el suyo. Limpióse, al fin, las lágrimas y le sonrió.

—Contigo no hay forma de mostrarse seria. Anda, abotóname el vestido y espérame. Interpretaré mi último número de esta noche y nos iremos a casa. No quiero anticiparte el programa. Puede que resulte un poco aburrido.

—Seguro que para mí no, pequeña.

Antes de que el vestido ocultase la tez bronceada de Ketty Obregón, Holloway puso en ella sus labios.

—Si ese tipejo ha comprado el «Tijuana», dejarás de trabajar aquí. Yo me encargaré de eso.

La muchacha se estremeció.

—Ojalá pudiera ser, pero me temo que...

Se detuvo súbitamente y cambió de conversación.

—¿Sabes una cosa, Walter? Hace no sé cuánto tiempo que te conozco y ni una sola vez he oído decirte que me quieres. ¿Te lo he dicho yo a ti?

—Pues, realmente, no lo sé.

—Es curioso... Dos personas pueden llegar muy lejos en el camino del amor, como tú y yo hemos llegado, sin pronunciar esa palabra una sola vez.

Ketty Obregón abandonó el camerino y Holloway encendió un nuevo cigarrillo.

Pensaba en el último comentario de la artista. En efecto, ni él ni ella habían confesado al otro quererse. ¿Se querían en realidad?

La atmósfera del camerino era caliginosa en grado sumo. Holloway decidió esperar a la joven en la calle. Por un pasillo interior se dirigió a la salida para artistas y se puso a silbar, instintivamente, su consabido «Diana». Paúl Anka podía sentirse satisfecho de un admirador tan ferviente.

En la calle, oscura y solitaria, no hacía menos calor. Unos días antes, en Nueva York, la temperatura estaba por debajo de los cero grados. Cambiaba paulatinamente a lo largo de la travesía, haciéndose mucho más benigna al bordear las costas de Florida, para aumentar sin tino a medida que el barco descendía por el Golfo de Méjico.

Algo parecido a esto le ocurría a él con respecto a Enriqueta Obregón. Lejos de ella, solía olvidarla casi por completo. Sin embargo, en sus frecuentes viajes a Veracruz, no dejaba nunca de buscarla.

Ciertamente, no sabía si la amaba o no la amaba. Pero el caso era que siempre, irremediablemente, en cuanto el «Kansas» atracaba al muelle, sus pasos le conducían en su busca.

Oyó dar las tres en un reloj cercano. El eco de las campanadas se perdió en la noche. La joven no tardaría en salir. La acompañaría a su hotel, como siempre, y hablarían muy poco de ellos...

—No te vuelvas, amigo. Y ve caminando.

Alzó los brazos, porque el objeto que se incrustaba en sus costillas, apoyando la orden, no podía ser más que una pistola. Avanzó lentamente, sin que la presión del arma disminuyera, y oyó a sus espaldas el zumbido de un motor.

Era un procedimiento extraño en Veracruz. Los mejicanos no «pasean» a sus enemigos. Por lo general, atacan de frente, con arma blanca, y se les da una higa despenar a un prójimo en el mismo centro de la ciudad.

Después de todo, iba a tener razón Ketty. Aquello debía de ser cosa de Kells. «Peligroso y traicionero» —había dicho la joven—. «Y rápido» —agregó Halloway para sí.

El coche frenó junto a él. Al volante, el propio Kells. Más que reconocerle, le adivinó. Se abrió una portezuela y la voz de Kells, efectivamente, invitó con peligrosa suavidad.

—Sube, muchacho.

Halloway no esperaba que Jo mataran. Tal vez se iban a limitar a darle una paliza. Pero una paliza de la que tardaría mucho tiempo en recobrarse.

Inclinóse como para entrar. Con el rabillo del ojo descubrió, a pocos centímetros de su cuerpo, la pistola que empuñaba Prentis. Walcott, seguro del triunfo, sonreía a su lado, con una mano sobre la manija de la portezuela.

Walter Halloway atisbo una posibilidad y no la desperdició. Hizo girar su brazo derecho con inusitada rapidez y el arma de Prentis voló por el aire. Walcott intentó sacar la suya, pero el joven no se lo permitió. De un tremendo puntapié en la entrepierna lo derribó en tierra, prácticamente sin sentido.

En la oscuridad, Halloway sonrió, sorprendido del estrago inicial causado en sus atacantes. Saltó sobre Prentis, que trataba de coger la pistola, y lo lanzó sobre la calzada, de un empujón.

Andy Kells decidió a intervenir, pero, súbitamente, como brotado de la tierra, apareció ante ellos una sombra, cuya mano derecha mantenía fuertemente cogido, a la altura de la cadera, el mango de un cuchillo ciertas dimensiones.

—No te muevas o te mando al otro barrio, Kells.

—¿Estás loco, Ramírez?

—Tal vez.

El llamado Ramírez desarmó experimentalmente a Kells y le hizo salir del vehículo. Enseguida se volvió a Walcott, que se había recuperado y puesto en pie, y le amenazó con el arma.

—Adelante, gringos. ¿A quién sangro primero?

Fred Walcott quedó inmóvil. Prentis volvió la cabeza al oír la amenaza del mejicano y apretó los puños con rabia.

—Largo, muchachos. Largo, o empiezo a pinchar.

El primero en subir al automóvil fue Prentis. Walcott le imitó, mascullando improperios. Cuando el coche arrancó y dio la vuelta a la primera esquina, el del cuchillo lo guardó y ofreció la mano a Halloway.

—Me llamo Ramírez, Juan Ramírez. Por lo visto, llegué justito a tiempo.

—Así fue. Gracias, amigo. Mi nombre es Walter Halloway. Soy segundo oficial del «Kansas».

—Lo conozco a usted, Halloway. Yo también soy cliente del «Tijuana»... y admirador de Enriqueta.

—Creo que le he visto en alguna ocasión. Pero veo que llama a Ketty por su verdadero nombre nativo. ¿Es, quizá, amigo de ella? Sé que sólo los amigos solemos llamarla así sin que se enfade.

—Soy su amigo, aunque no tanto como yo quisiera. ¿La espera usted ahora?

—Sí.

—Pasemos entonces de nuevo al «Tijuana». Sospecho que Enriqueta se va a retrasar algo. Vi que acompañaba a Martínez a su despacho. ¿Le gusta el pulque?

—Bastante.

—Tomaremos un pulque, entonces.

Entraron en el establecimiento por la misma puerta por la cual Holloway había salido.

Ramírez era un hombre joven, de no más de veintiocho o treinta años, pequeño y retinto. Tenía el pelo negro y acaracolado, y los ojos profundos, casi crueles. Aunque en aquel momento sonreía de medio rostro para abajo, su expresión no era demasiado tranquilizadora. Holloway pensó que aquel sujeto sería un enemigo de cuidado.

—Guárdese de esos tipos, Holloway. Lo intentarán otra vez.

Se acercaron a la barra, donde todavía se encontraba el capitán y el segundo oficial del «Kansas», pero Holloway se limitó a saludarles con la mano.

—¿Por qué acudió en mi ayuda tan oportunamente, Ramírez?

A éste pareció cogerle de sorpresa la pregunta, pero no tardó nada en responder.

—¡Diablos! ¿Por qué había de ser? Fui testigo de su pelea aquí, con ellos. Todas las noches vengo a este antro sólo por ver y oír cantar a Enriqueta. No intervine la primera vez, porque vi que sus amigos tampoco lo hacían y porque usted siempre llevó la mejor parte. Allí fue distinto. Me retiraba ya, cuando...

Se detuvo y miró a su interlocutor fijamente. Holloway sintióse incómodo.

—No voy a ocultarle que Enriqueta me gusta y que he llegado a proponerla que se case conmigo y se venga a vivir a Sonora, donde poseo un rancho. No aceptó, y bien que lo lamento. Al parecer, espera a que usted la proponga lo mismo.

—No creo que...

—¡Sí que lo cree! Y yo pregunto: ¿Va a decidirse algún día, o tendré que obligarle yo a cumplir con ella? Realmente, ahora me siento su protector.

Holloway no supo comprender si el mejicano hablaba en serio o en broma. Pidió dos «*whiskys*».

—Uno doble, para mí.

—Habíamos quedado en tomar pulque, ¿lo recuerda? Pero es lo mismo. A mí el «*whisky*» también me gusta mucho. Después beberemos pulque, y hasta mezcal, si Enriqueta nos deja.

V

HALLOWAY empezó a impacientarse.

Ya habían apurado unos cuantos «*whiskys*» y la joven no aparecía. Juan Ramírez extrajo una pitillera de plata repujada y escogió cuidadosamente un cigarrillo.

—¿Fuma usted, Halloway?

—Ahora no, gracias.

Les sirvieron más «*whiskys*», y Halloway dio lumbré al mejicano con su encendedor de gas. Al hacerlo observó que el cigarrillo de Ramírez era algo más largo que los ordinarios. Al principio le pareció turco, pero luego se percató de que parecía mejor ruso, por su larga boquilla.

—Son de Virginia —aclaró Ramírez, como si hubiera leído los pensamientos de su interlocutor—. Me los hacen exclusivamente para mí, con un emboquillado especial. Fúmeselo uno, ande —insistió.

Walter Halloway volvió a denegar con la cabeza y bebió un sorbo de «*whisky*». En aquel momento apareció Ketty Obregón en la puerta del despacho de Ataúlfo Martínez. Éste, con la papada temblorosa y la frente brillante de sudor, la despidió desde el umbral con un leve golpecito en la espalda. Todavía llevaba puesto el rojo y estrecho traje de escena ceñido a su hermoso cuerpo como una segunda piel.

—Buenas noches, Ramírez. Nos veremos en otra ocasión.

—Téngalo por seguro, mi amigo. ¡Ah!, y no le diga a Enriqueta. Soy hombre tímido por naturaleza y no me gustan los elogios.

El joven sintió nuevamente una sensación extraña. Tampoco aquélla supo si Juan Ramírez deseaba, en efecto, que no hablara de él, o todo lo contrario.

—Hasta mañana, capitán. Buenas noches, Archie —se despidió Halloway de sus compañeros—. Adiós a usted, Ramírez. He tenido mucho gusto.

—El gusto ha sido el mío.

Se estrecharon las manos. Ramírez no borró en ningún momento la sonrisa de sus labios, pero la expresión de sus ojos nunca correspondió a esa sonrisa.

Halloway alcanzó a la artista antes de que transpusiera el umbral de su camerino y la cogió por el brazo desnudo. Ella se estremeció.

—¿Sucedó algo malo, Ketty?

—¡Oh, no, nada malo!

—¿Para qué te quería Martínez?

—Para lo de la venta del «Tijuana». Me ha asegurado que yo no tengo nada que temer. Seguiré actuando aquí.

—Pero es que a ti parecía disgustarte. ¿Por qué sigues, si no te agrada?

—No sé, no sé. No me hagas preguntas ahora. Estoy nerviosa. No sabría, qué contestarte.

—Contéstame la verdad. Es el único modo de entendernos.

—¡Hay verdades tan tristes, Walter!

—Sin embargo...

Cambióse ella de vestido en pocos minutos y salieron inmediatamente a la calle.

—Te he visto con Juan Ramírez. ¿Os conocíais de antes?

—No... Se me ocurrió esperarte en esta calleja y Kells y sus muchachos volvieron a caer sobre mí. Querían que les acompañara a dar un paseo. Ese joven apareció con su faca y entre los dos los pusimos en fuga.

—Un gran muchacho ese Ramírez. Y valeroso.

—Me ha dicho que os tratáis bastante y que te ha pedido en matrimonio. ¿Por qué no le aceptaste?

—Estás tú. ¿Lo has olvidado?

En el tono de voz de la joven existía una profunda amargura. Hablaba un tanto maquinalmente y sus pensamientos no parecían estar en la realidad del momento, sino lejos de allí.

El hotel en que Enriqueta Obregón se hospedaba estaba situado un par de manzanas más allá del «Tijuana», en la misma calle. Se

detuvieron ante él y la joven pasó sus brazos por la cintura del marino.

—Si supiera que no te enfadabas, te pediría que nos despidiéramos aquí abajo. Esta noche no estoy de humor y temo decir cualquier inconveniencia que pueda molestarte. Sin embargo, por otro lado, sé que estaré muy triste sin ti.

—No debes preocuparte. Tengo una cita ineludible a las cuatro y ya son las tres y media. Se me ha hecho tarde esperándote, y apenas dispongo de tiempo. Mañana te llamaré por teléfono y nos veremos. Entonces te sentirás más tranquila y será mejor para los dos.

Ella le echó los brazos al cuello y le besó apasionadamente.

—¡No es cierto lo de tu cita, Walter! Es..., es porque yo te aburro.

Walter Halloway la besó a su vez y luego dijo:

—Estás totalmente equivocada. Es verdad que alguien me espera a las cuatro. Y te asombrarías si conocieras su nombre.

—En ese caso, Walter, hasta mañana. No dejes de llamarme, por favor. O mejor, hazlo cuando termines con ese asunto. No te importe despertarme, si he conseguido dormirme.

—Lo haré, si tú lo deseas.

—Lo deseo, Walter. Segura..., seguramente te mandaré venir. No me hago a la idea de tenerte en Veracruz y que no estés conmigo.

—¿Prometido?

—Prometido.

La muchacha entró en el hotel y él empezó a caminar hacía determinado lugar cuyas señas tenía en la memoria. Su rostro, pese a la actitud un tanto extraña de su amiga y a los golpes recibidos, no había dejado de estar en ningún momento iluminado por su habitual sonrisa de despreocupación. De pronto, la sonrisa degeneró en franca carcajada. Parecía haber pensado en algo sumamente divertido.

Al torcer la primera esquina, advirtió que un coche le seguía y se puso en guardia. No tendría gracia que lo acribillaran a balazos. Porque si se trataba de quienes él creía, aquella vez tirarían sobre seguro. Era la tercera vez, y a la tercera va la vencida. Las otras dos los había él vapuleado a gusto. Entonces podían ser ellos los que le aniquilaran a él.

Se escondió en el quicio de un portal y comprobó que el

automóvil, al llegar a su altura, aflojó la marcha. Dentro no iba ninguno de los que esperaba. Al volante descubrió un tipo aparentemente mestizo, vestido de alpaca, y a su lado otro individuo con más sangre india en las venas que el propio Moctezuma.

El automóvil siguió despacio y Walter Halloway salió de su refugio. Apenas lo había hecho, el vehículo se detuvo. El sujeto que iba al volante descendió y se puso a revisar el motor.

—¿Qué ocurre, mano? —preguntó el otro, bajando a su vez.

—No sé, mano.

Los dos mejicanos quedaron mirándose. Uno de ellos echóse el sombrero hacia atrás y se rascó la cabeza, dubitativo.

—¡Eh, amigo! —gritó por fin a Halloway—. ¿Entiende usted de motores?

Antes de que el joven tuviera tiempo material de responder, los tipos del coche se le pusieron delante y le amenazaron con sendas pistolas.

—Deberá acompañarnos por las buenas, mi amigo. Un tal señor Kells tiene interés en verle cuanto antes.

—Me confunde la amabilidad de enviar a buscarme. ¿Vamos, pues?

—Usted delante, amigo.

Halloway, sin borrar en ningún momento la sonrisa, entró en la parte posterior del automóvil y se acodó en el asiento. Uno de los mejicanos entró tras él y sentóse a su lado.

—Kells habló de un tipo peligroso. ¿A qué crees tú que llamarán «peligroso» esos gringos? La cosa ha sido bien facilita.

Walter Halloway no quiso decirles la razón. Porque había una poderosa razón para su conformidad. Estiró las piernas, se echó hacia la frente la gorra de plato y entrecerró los ojos.

—Ya me dirán cuándo hemos llegado.

El coche, después de recorrer diferentes calles, se detuvo junto a una casa de dos plantas, aislada, al final de una larga avenida.

—Baje.

Dentro de la casa, bruzaron un zaguán pobremente iluminado y entraron después en una habitación de regular tamaño.

—¡Hola! —saludó Walter Halloway sin cesar de sonreír.

Ni Fred Walcott ni Brian Prentis, que jugaban a las cartas con

Andy Kells, correspondieron a su sonrisa ni a su saludo. Andy Kells, sí.

—¡Hola, matón! ¿Cómo se siente uno cuando ha sido cazado?

—No del todo mal.

Se levantó Kells, acariciándose la barbilla. La expresión de su enfermizo rostro adquirió un matiz de crueldad.

—Como te anuncié, volvemos a encontrarnos. Supongo que no esperarías verme tan pronto.

Los otros dos se levantaron también y se acercaron lentamente a los dos interlocutores, mirando con profundo odio a Halloway. A espaldas de éste, uno de los mejicanos preguntó:

—¿Qué hay de lo nuestro?

—Tomad.

Les entregó unos billetes y los que habían apresado al joven marino desaparecieron.

Halloway no quiso esperar a que diera comienzo la paliza. Contestó, burlón, a la pregunta de Kells.

—Te equivocas. Precisamente «tenía» que venir a verte a las cuatro en punto. Pero ya falta poco, y supongo que dará lo mismo.

Extrajo del bolsillo una pitillera, la abrió y ofreció a Andy Kells.

—Coge un cigarrillo. El de la boquilla de corcho, si no importa.

Las lívidas facciones del pequeño Kells reflejaron en pocos instantes diversas sensaciones. Incredulidad, asombro, extrañeza, rabia contenida. Hizo un esfuerzo para dominarse, tomó el cigarrillo y lo rasgó con las uñas, en sentido longitudinal.

Dentro había una hoja de papel muy fino, llena de letra diminuta, que Andy Kells leyó en un minuto. Fred Walcott y Brian Prentis contemplaban la escena, estupefactos.

—Tiene gracia, matón —masculló Kells—. ¿Por qué te peleaste con nosotros si sabías...?

—Frena, Kells. Cuando os sacudí la primera vez, ignoraba tu nombre. Me lo dijiste tú más tarde. Además, tratasteis de molestar a mi dama.

—¿Y la segunda?

—Bueno, me divertía aquello.

Andy Kells pasóse la mano por el satinado cabello, de un vago color pajizo. Durante un rato permaneció callado, fijas sus frías pupilas en el rostro sonriente, y burlón del marino.

—Está bien —dijo al fin—. Nos veremos mañana por la noche, en el sitio convenido. Tendré que decirle a Clark que cambie otra vez de mensajero. No me gustas.

—Empatados a uno, Kells. A mí tampoco me eres simpático en absoluto.

Inesperadamente, Andy Kells disparó el puño derecho, alcanzando a Holloway en la cara. A pesar de su frágil aspecto, pegaba fuerte.

Walter Holloway detuvo el instintivo movimiento que le impulsaba a lanzarse contra el otro; porque Kells, nada más golpear, había sacado una pistola con la que le apuntaba al corazón.

—Empatados a dos —remedó el pequeñajo, sin que en ningún momento su rostro adquiriera color de vida.

Walter Holloway rechinó los dientes y apretó los puños. Pero, inmediatamente, tornó a su rostro la sonrisa que le era habitual. Una sonrisa siempre burlona y despreocupada. A ninguno de los otros tres pareció gustarles.

—Juegas con ventaja, Kells, como siempre. Claro que no voy a discutir ahora contigo ese punto. Quizá lo hagamos en otra ocasión. ¿Puedo marcharme?

—Cuanto antes, mejor. Y recuerda que esto no tiene que ver nada con el negocio. Es una rivalidad totalmente al margen de él. ¿Entendido?

—Descuida. Yo siempre juego limpio.

Al intentar aplastar en el cenicero la colilla que estaba fumando, descubrió un cigarrillo que se consumía lentamente. Contuvo su sorpresa, pero no pudo por menos de murmurar algo entre dientes.

—¿Qué mascullas, muchacho?

—Ya os lo dirá en otra ocasión, amigos.

Dio media vuelta y se dirigió a la salida. A sus espaldas sonó la voz rencorosa de Brian Prentis.

—Recuerdos a tu preciosa amiguita, Holloway. Porque supongo que la verás, ¿no?

—Esta misma noche, si no os importa. Me espera en su hotel. ¿Algo que alegar?

El pálido rostro de Kells tornóse ceniciento. Sus pupilas se inyectaron en sangre y sus labios se torcieron en una mueca de ira.

—Aprovéchate mientras puedas, Holloway.

—Si has pensado quitarme de en medio, bórratelo de la cabeza. Aunque te pesará, si no lo intentas.

—No sería mala idea, pero no se trata de eso. De todos modos, Ketty será mía y tú no podrás evitarlo.

VI

EN cuatro días, sin ningún contratiempo, el «Kansas» hizo la travesía de regreso a Nueva York. Cuando se aproximaban a la ciudad, Walter Halloway sacó de la maleta el grueso jersey azul marino de cuello alto y se lo puso debajo de la americana.

Desembarcó tranquilamente, con un paquete en la mano. Al parecer, en la Aduana le conocían bien y todo lo que tuve que hacer fué exhibirlo con absoluta naturalidad.

—Pañuelos mejicanos para una chica —dijo—. Hace tiempo que le prometí traérselos. ¿Lo abro?

La envoltura, de papel celofán, mostraba la etiqueta de un acreditado comercio de Veracruz.

—Sigue, Halloway. ¿Tuvisteis buen viaje?

—Magnífico. Un tiempo inmejorable y el mar en calma absoluta. Hasta luego.

Se adentró en una calleja cercana al puerto y empujó la puerta de esmerilados cristales de una taberna. Era media tarde, y el local empezaba a llenarse de público. Halloway se aproximó al mostrador, silbando «Diana».

—Hola, Slade —saludó.

El viejo que atendía a los clientes que se agolpaban ante la barra, dejó un vaso a medio llenar para dirigirse al sitio ocupado por Halloway.

—¿Qué tal, Walter?

—Estupendamente. ¿Alguna carta?

—Dos. Voy a dártelas.

—Sírreme un poco de «*whisky*». Estoy sediento.

Con las cartas en una mano y el vaso en la otra, Walter Halloway se acercó a una mesa libre, sentóse ante ella y comenzó a

leer, mientras bebía el licor a pequeños sorbos. Después estuvo un largo rato escribiendo.

—¿Cenas aquí? —inquirió el tabernero al despedirse Halloway.

—No lo sé aún, Slade. Depende de un asunto. Voy a asearme un poco y saldré inmediatamente.

Subió al cuarto en que solía alojarse y sentó, se en el camastro. Luego, lentamente, con infinita paciencia, para no dejar la menor señal, levantó los precintos que sujetaban el papel celofán, desenvolvió la caja de los pañuelos y sacó por un lado hasta media docena de ellos. Luego dio la vuelta a la caja, que tenía dos tapaderas.

Hizo la misma operación y enseguida levantó otro cartón. Bajo él encontró un doble fondo, que contenía varios sobrecitos. No necesitó probar su contenido para saber que se trataba de cocaína.

El sistema no era demasiado ingenioso, pero quizá su propia simplicidad le tornaba más seguro. Dejó todo conforme lo había encontrado y abandonó la habitación, llevando la caja bajo el brazo.

—Adiós, Slade. Hasta luego.

—Bienvenido, Halloway.

Salió éste a la calle y encaminóse sin prisas a la próxima estafeta postal, en cuyas cercanías fué abordado días antes por la muchacha llamada Katherine Wilbur. Suponía que ella no tardaría en aparecer, porque era de esperar que Clark Drake, el hombre misterioso que le contrató, estuviera informado de la arribada del barco. Echó la carta en el buzón y comenzó a pasear por la acera.

Transcurrió una hora sin que nada hubiera ocurrido. Halloway empezó a impacientarse. No conocía otro procedimiento para ponerse en contacto con los traficantes que aguardar allí.

Ésas eran las instrucciones que debía seguir al pie de la letra. La casa donde fué conducido era, según le dijeron, un refugio provisional, al que no volverían más. Del hombre sólo sabía que se llamaba Clark, Clark Drake, pero con toda seguridad sería un nombre falso.

En cuanto a la chica, estaba en el mismo caso. Si ellos no acudían a buscarle, no le resultaría tarea fácil encontrarlos.

No la reconoció al verla avanzar hacia él, coincidiendo con las primeras sombras de la noche. Había supuesto que llegaría en el Cadillac, y, además, no vestía el abrigo de visón. Llevaba un

impermeable con el cuello subido y una graciosa boina marrón.

—Buenas noches, Halloway. ¿Hace mucho que esperas?

Él se dio cuenta de que la mujer le llamaba de tú. Llevó el joven la mano a la gorra y la saludó cortés e irónicamente.

—Bastante, nena. Ya me iba cansando. ¿Qué has hecho del carro?

—Lo dejé en otra calle. No es probable que llame la atención viniendo a este sitio dos veces en pocos días, pero las precauciones no sobran. Procuramos no repetir nunca la misma escena.

—Sois muy listos.

—Puedes estar seguro de ello, Halloway. ¿Fué todo bien?

—Como una seda.

—Vamos, entonces.

—¿Adonde?

—Al coche.

—Creí que traerías el dinero y te llevarías el paquete, nena.

—Te pedí en cierta ocasión que no me llamasen «nena». ¿Lo has olvidado?

—No, nena. Sin embargo, me gusta hacerlo.

—A mí, no.

El Cadillac se hallaba estacionado dos calles más arriba. Subieron y la muchacha puso el motor en marcha. Enseguida arrancó a gran velocidad.

—Parece que deseas perdernos de vista cuanto antes —comentó ella.

—Justamente, nena. Entrego, cobro y me largo. No veo la necesidad de este paseíto. ¿O es que tus amigos no se atreven a confiarte a ti los veinticinco mil y el encarguito de vuelta?

—No, no es eso. Drake desea hacerte unas preguntas sobre la forma en que se desarrollaron las cosas.

—Espero que no sean muchas.

El recorrido por Manhattan, resplandeciente de anuncios luminosos, duró bastante tiempo. El tráfico era muy intenso y no siempre se podía avanzar deprisa. La proximidad de las fiestas navideñas prestaba a las calles, de suyo muy concurridas, una extraordinaria y especial animación.

Cruzaron uno de los puentes sobre el Harlem y se internaron en el Bronx.

—Lástima que tengas tantos escrúpulos, Halloway. Podrías ganar mucho dinero con nosotros. Dinero de ese que tanta falta te hace.

—Escucha, nena. Confieso que sería estupendo dejarse engatusar por ti. Eres bellísima y a mí las mujeres bellas siempre me han gustado bastante. Sin embargo, llegué a un acuerdo con Drake y lo he cumplido. Ahora, a desvanecerse.

—Allá tú. Y conste que no he sido comisionada... para engatusarte.

Hubo una corta pausa durante la cual los ojos de Halloway se complacieron en estudiar las hermosas curvas de la conductora. La falda, por sobre las rodillas, dejaban al descubierto unas bonitas piernas enfundadas en medias finísimas.

—Tienes muy buen gusto para vestir, Katherine.

Ella le miró risueña.

—¿A qué viene eso ahora?

—Trataba de imaginarte con el gris uniforme de las presidiarias. Seguro que no estarías tan endemoniadamente guapa.

—Si tratas de impresionarme, Halloway, pierdes el tiempo. Ahórrate el sermón.

—Nada más lejos de mi ánimo que intentar señalarte el buen camino. Tampoco yo soy ninguna alhaja, como ves. Lo que sucede es que no puedo evitar un vago sentimiento de lástima hacia ti. Padeces la misma enfermedad mental que muchas otras jovencitas de hoy. Creéis poseer el secreto de todas las cosas, estar de vuelta de todo...

—Dijiste que estaba lejos de tu ánimo sermonearme. No te metas en esto y déjame vivir mi vida.

—¡Vivir mi vida! Esas tres palabras sirven de bandera en la actualidad a infinidad de gentes para silenciar las llamadas de la conciencia. Algún día comprenderás tu error, quizá cuando ya sea demasiado tarde para retroceder.

—Muy edificante tu discurso. Y muy bien desarrollado.

—Es que conozco el tipo. Mujeres como tú parecéis fabricadas en serie. Se os encuentra por todas partes.

—Lamentablemente, no nos queda tiempo para continuar esta interesantísima charla. Hemos llegado.

Pisó el pedal del freno bruscamente y el coche se detuvo en seco.

Estaban en una calle poco concurrida. A la derecha, unos solares vallados y a la izquierda un edificio que parecía un almacén.

Al apagar Katherine Wilbur los faros del automóvil, se hizo más patente la oscuridad reinante allí. Había un bar cerca, de cuyo interior surgía, apagada y nostálgica, la música de una orquesta en que predominaban los instrumentos de viento.

Dos hombres pasaron junto al Cadillac, muy deprisa, encogidos bajo el frío. Esperó la joven a que se hubieran alejado y luego ordenó:

—Baja, Halloway.

—Un momento, nena.

Ella ladeó el cuerpo para mirarle de frente, en muda interrogación. A la tenue luz del salpicadero del coche, los ojos glaucos, profundos Y soñadores de la muchacha, tenían destellos melancólicos.

Se inclinó Walter Halloway con rapidez y ella no se percató de sus intenciones hasta que sintió los labios masculinos sobre los suyos. Intentó apartarle, empujando sus hombros con ambas manos, pero el brazo que rodeaba su esbelta cintura, lejos de ceder, aumentó la presión.

Al separarse, el rostro de Halloway mostraba una plácida sonrisa. El de Katherine Wilbur no revelaba demasiada indignación. Sacó pausadamente un pañuelo del bolsillo y le limpió el carmín de los labios con sumo cuidado.

—No conviene que Drake sepa lo que acabas de hacer. Ni Drake, ni nadie. ¿Por qué...?

—Veinticinco mil dólares es un precio demasiado bajo para un trabajo tan arriesgado. Este aditamento me compensa. ¿Debo darte las gracias, nena?

Tuve por un momento la impresión de que la joven iba a abofetearle, pero ésta limitóse a manifestar en tono mesurado:

—No, Halloway. Quizá haya sido peor para ti. ¿Bajamos?

—¿Quieres decir que no podré olvidarte nunca, después de haberte besado?

—No tanto, aunque estoy seguro de que te acordarás de mí.

Él la miró unos instantes, desconcertado. En vano intentó adivinar lo que las palabras de Katherine Wilbur encerraban. Luego, en silencio, se apearon ambos del vehículo. Cruzaron la calzada y la

muchacha llamó con los nudillos en la gruesa puerta de madera del sombrío edificio.

Transcurrieron varios minutos. Durante ellos no se cruzaron sus miradas ni una sola vez. Al cabo se abrió una puerta sin ruido, poniendo de manifiesto el perfecto engrase de sus goznes. Dentro reinaba la oscuridad más absoluta.

—Pasa, Halloway —rogó la mujer.

Tras unos segundos de vacilación, Halloway cruzó el umbral despreocupadamente, seguido de la joven. Volvió a cerrarse la puerta y se encendió una luz.

Estaban en una amplia nave de suelo enlosado, en la que no había más que un automóvil Chevrolet, algo anticuado, y algunos cajones vacíos. A mano derecha arrancaba una escalera, por la que empezó a ascender la chica.

—Sígueme, Halloway.

Al final de la escalera abrió, sin llamar, otra puerta, y entraron en un sencillo despacho, ocupado por Clark Drake. Se hallaba sentado ante una mesa pequeña, provista de abundantes bebidas.

Instintivamente, el joven marino llevó sus ojos al cenicero, donde se consumían algunas colillas, como si esperase encontrar en él respuesta a ciertas interrogantes. No pareció hallarla, pero sí vio, en el ángulo de la mesita, sobre una bandeja de plata, un papelito azul.

Era un cheque.

VII

EL Zócalo, centro vital de Veracruz, es una vieja plaza de gran sabor histórico. Tiene una pequeña iglesia, edificada en tiempos de Hernán Cortés, algunos soportales, casas antiguas de una o dos plantas y muchos cafés con mesas al aire libre, ocupadas día y noche por un público numeroso y holgante.

En conjunto, el Zócalo constituye una curiosa estampa de vida perezosa, y si no fuera por los uniformes de los marinos de todas las nacionalidades que por allí recalán, procedentes del cercano puerto, produciría en el ánimo del viajero la impresión de que el tiempo está allí detenido, durmiendo un sueño de siglos.

Así pensaba, al menos, el robusto individuo que a mediodía, limpiándose con un pañuelo el sudor que resbalaba por su grueso rostro, tomó asiento ante la mesa de un café y pidió ansiosamente una cerveza.

Hablaba el español lo bástame para entenderse sin dificultades, pero empezaba a dudarlo, a juzgar por el tiempo que el camarero tardaba en servirle. Quizá no le había entendido.

Miró en torno suyo y advirtió muchos rostros de hombres morenos y con grandes bigotes, de mujeres de expresivos e inquietantes ojos. En la mesa de al lado, un oficial de la marina mercante estadounidense escuchaba con evidente complacencia a un indio que tocaba con la marimba la «Diana» de Paul Anka.

Al gordo no le agradó oír la famosa composición. Estaba harto de ella. En cualquier parte no parecía existir otra. Cuando el músico, terminada su interpretación, se acercó a ofrecerle sus servicios, el americano, furioso por la tardanza del camarero en llevarle la cerveza, barbotó:

—¡Largo de aquí!

—No me grite, señor —dijo el indio, mirándole con ojos brillantes—. Ya me voy.

Sé alejó lentamente, arrastrando los pies y el hombre gordo, cuya cólera iba en aumento, batió palmas estrepitosamente, con la esperanza de que se presentara el camarero. Una voz murmuró junto a él, en inglés:

—Mal sistema, amigo.

Miró éste al sonriente marino que unos momentos antes escuchaba «Diana». Era agradable conversar con un compatriota en aquel ambiente.

—¿A qué se refiere?

—A su forma de expulsar al indio y a las palmadas. Aquí no agradan las voces y la sangre de esta gente hierve con facilidad.

—Nadie lo diría. Parecen incapaces de moverse. Hace media hora que he pedido una cerveza a ese condenado mestizo y aún estoy esperando.

—Trataré de facilitarle la consecución de su deseo. Me da usted la impresión de un náufrago perdido en una isla de salvajes.

Se dirigió al interior del café, para reaparecer poco después acompañado del camarero, que portaba en una bandeja el clásico «tornillo» de cerveza.

—¿Lo ve? —sonrió—. Asunto resuelto.

—Gracias, amigo. Si no le sirve de molestia, siéntese, conmigo y dígame a este fulano que traiga varias cervezas más antes de que le abandone la cordial disposición para el trabajo que usted le ha inculcado tan de repente.

—No habrá necesidad.

Habían mantenido este diálogo en inglés, y el camarero esperaba órdenes.

—Tráenos otras cervezas, Manuel —encargó el marino—. Tenemos mucha sed, ¿entiendes?

—Al instante, señor.

El oficial tomó asiento, y el otro, después de ofrecerle un cigarrillo, inquirió:

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Es sencillo. Todo consiste en conocer la idiosincrasia de estas gentes. Son vagos por naturaleza, y al mismo tiempo, orgullosos. Consideran como una ofensa que se les hable en tono exigente. No

se puede tratar a un mejicano como a un negro del Harlem. Pero también son sensibles al halago... y a la propina. Un peso que le entregué allí dentro ha sido suficiente para inclinarle a moverse con celeridad.

—Comprendo.

—Observe a esos indios de la marimba. He visto músicos ambulantes en muchos sitios del globo. Llegan a cualquier local, tocan algo y luego extienden la mano. Éstos, no. Éstos, extienden primero la mano, y si se les da dinero, tocan. De lo contrario se marchan.

—Cuestión de previo pago.

—Exacto. No se arriesgan a trabajar gratis. El caso de los camareros es distinto, puesto que están obligados a servir al cliente de todos modos, pero la propina adelantada surte efectos admirables.

—Le agradezco la información. Me llamo George Mitchell, y he venido en viaje de negocios.

—Walter Halloway es mi nombre —dijo el marino.

Reapareció el camarero con las cervezas, y George Mitchell, sin hacer caso de las protestas de Halloway, abonó su importe, agregando una propina que hizo palidecer al mejicano.

—Fíjate bien en mí —le advirtió Mitchell—. Tengo un tipo que no se despinta. Vendré por aquí a menudo, y me gusta que me sirvan rápido.

—Será servido, señor. No lo dude.

—Buen discípulo —aprobó Halloway—. Se ha ganado un amigo, y de ahora en adelante le tendrá usted a sus órdenes come si fuera un asistente del ejército y usted el coronel.

Se puso en pie, tendiendo la mano, y añadió:

—Gracias por la cerveza. Hasta la vista.

—Adiós, amigo.

Halloway se alejó silbando, seguido por la mirada del otro, que permaneció unos minutos todavía en el café. Luego se marchó lentamente dando un paseo, por la amplia avenida que une el Zócalo con los muelles.

Llegado al puerto, estuvo largo rato observando los barcos allí anclados. Había varios de nacionalidad americana.

Las grúas llevaban a cabo su trabajo de carga y descarga entre

chirridos de cables y voces de los que se ocupaban en manejarlas. Muchos indios harapientos iban de un lado a otro, en acritud indolente, o tomaban pacíficamente el sol sentados en el suelo. La silueta de un navío se perfilaba en la infinita lejanía del mar.

Mitchell encendió un habano y abandonó el puerto sumido en sus reflexiones.

Marchó a comer y durmió una larga siesta. Luego se fue de nuevo a pasear por la ciudad y a las diez de la noche recaló en el «Tijuana». Ocupó una mesa y pidió el menú. Cenó parcamente porque el calor parecía quitarle el apetito lo cual, en su opinión, era verdaderamente lamentable.

A las once, el local se hallaba animadísimo, y la aparición de Ketty Obregón en la pista, dispuesta a deleitar al público con sus canciones y con su belleza, provocó entre la concurrencia habitual del «Tijuana» una calurosa tempestad de aplausos.

Mitchell pensó que era una delicia contemplar a aquella adorable criatura.

—Sí, es una pura delicia —se dijo—. Voy a pasarlo aquí bastante bien.

Sin embargo, una hora después debió de cambiar de opinión. Salió Fred Walcott por la puerta que comunicaba al *cabaret* con las dependencias interiores, y se dirigió a la calle. El hombre gordo agachóse, y fingió que se ataba los cordones de los zapatos. Enseguida se levantó, dejó un billete sobre la mesa y marchó tras Walcott.

Le vio alejarse y tomar por la primera bocacalle. Veracruz, sobre todo en algunos parajes, no disfruta de una iluminación muy eficiente, y ello suponía una ventaja para pasar inadvertido.

Fred Walcott caminaba deprisa, sin volver la cabeza, como persona que va a un sitio determinado con el tiempo justo. Fué un juego de niños para el otro seguirle a prudente distancia.

Recorrieron varias calles, casi todas oscuras y solitarias, en dirección a las afueras de la ciudad.

George Mitchell observó que Fred Walcott se detenía ante una casucha de aspecto miserable y llamaba a la puerta, que se abrió seguidamente para cerrarse en cuanto el sujeto hubo cruzado el umbral.

El hombre gordo esperó unos minutos. Luengo, aprovechando la

oscuridad, se deslizó, pegado a las fachadas, hasta llegar a la casa donde había entrado su perseguido.

George Mitchell hizo una rápida inspección del edificio. Inmediatamente miró hacia atrás. Un oficial de marina avanzaba hacia él silbando, en el silencio de la noche, «Diana», de Paul Anka. Sonrió en la oscuridad y volvió sobre sus pasos. Al encontrarse ambos a cierta altura, el grueso individuo se detuvo.

—¡Hola, Halloway, muchacho! ¡Qué bueno volvernós a encontrar!

—¿Qué hace usted por aquí a estar horas? No es lugar recomendable para unas vacaciones. Vaya al «Tijuana» y se divertirá. Tome allí lo que quiera y que lo pongan en mi cuenta. Los camareros me conocen bastante.

—Ya estuve allá y por cierto que vi una dama encantadora. Me refiero a la cantante. ¿La conoce usted también?

—Mucho, sí.

—Deberá presentármela entonces.

—Con mucho gusto, aunque le prevengo que está comprometida.

El gordo sonrió inefablemente.

—Yo también, no crea. Pero ya sabe... De vacaciones se suele olvidar uno de ciertas obligaciones.

—Si está allí dentro de una hora, tendré mucho gusto de volver a verle. Que se divierta.

Se separaron y Michel pudo comprobar que el marino llamaba a la puerta de la misma casa donde había entrado Fred Walcott. Tan pronto como desapareció en su interior, el gordo reanudó la marcha, pero no se encaminó al «Tijuana», sino al puerto.

Mitchell entró en una taberna cercana, de aspecto totalmente distinto al de la mañana. Circulaban por ellos poca gente, y las luces de los barcos parpadeaban sobre un fondo de sombras.

Mitchell entró en una taberna cercana, de aspecto nauseabundo, y pidió un vaso de «*whisky*». Lo saboreó despacio y, transcurrido algún tiempo, regresó al «Tijuana».

En el local no había una sola mesa vacía. Dirigió su pesada humanidad hacia el mostrador y pidió otro «*whisky*». El camarero se lo sirvió y George Mitchell intentó cogerlo por entre dos de los individuos que ocupaban la barra.

Al hacerlo, por poco derrama el líquido en el impecable traje de gabardina de uno de los hombres. Era pequeño y retinto, joven y a todas luces mejicano.

—Perdone —dijo Mitchell en su chapurreado de español.

El otro sonrió y replicó en perfecto inglés:

—De nada, amigo. Acérquese aquí. Le haré un sitio.

Corrió la banqueta a un lado y George Mitchell se acomodó como buenamente pudo.

—Soy americano y estoy aquí en viaje de negocios. ¿Quiere tomar algo conmigo?

—Con mucho gusto. Yo tampoco soy de aquí. Tengo un rancho en Sonora y viajo mucho y muy a menudo. Incluso he estado en Nueva York muchas veces.

—Me alegro. Me llamo George Mitchell.

—Yo soy Juan Ramírez, servidor de usted.

Apuraron un vaso de «*whisky*» juntos y pidieron otro. Cuando iban por el tercero, Ketty Obregón apareció en la pista. Las luces, una vez más se atenuaron, y el reflector aprisionó como de costumbre el cuerpo escultural.

Sin duda alguna, la muchacha era una artista completa. En aquel momento, entonó una picante canción francesa, en el idioma de Moliere. La gente aplaudió mucho.

—Una mujer estupenda, ¿verdad, Ramírez?

Los ojos de éste, profundos y serios, brillaron como los de un gato en la oscuridad.

—Maravillosa, sí. Daría cualquier cosa por conquistarla.

—Esta noche conocí a una persona y me aseguró que la muchacha estaba comprometida. ¿Es cierto?

—Certísimo. De otro modo Ketty no cantaría para nadie más que para mí. ¿Pero quién se lo ha dicho?

—Un oficial de marina. Me parece que su nombre es... Halloway. Sí. Halloway o algo por el estilo.

Ramírez sonrió de medio rostro para abajo, como en él era habitual.

—¿No le dijo con quién, Mitchell?

Este puso cara ingenua.

—No, no me lo dijo. ¿Por qué?

—Porque precisamente ese oficial la tiene sorbido el seso. De no

ser por él... Claro que yo no he perdido aún la esperanza de desbancarle. Ella es muy buena amiga mía y conoce mis intenciones.

—Me gustaría ser presentado a esa joven. ¿Puede usted hacerlo, Ramírez?

—Ahí tiene usted a su compatriota. Él le servirá mejor que yo. ¡Eh, Halloway, venga aquí! El señor Mitchell tiene interés en ser presentado a Ketty.

Halloway formó corro con George Mitchell y con Juan Ramírez.

—Antes me permitirá tomar un vasito, Mitchell. Tengo una sed infernal.

—Tome cuantos le apetezcan, pero en el menor tiempo posible. Quiero felicitar a esa señorita por su estupenda actuación de hace un momento. Ha estado sencillamente magnífica. Lástima que se lo haya perdido, Halloway.

Éste sacó la pitillera y ofreció a los otros. Ramírez no aceptó.

—Gracias. Quemaré de los míos. —¿Quiere usted, Mitchell? Son especiales. Fabricados en Virginia exclusivamente para un servidor.

—Yo no sé fumar cigarrillos. Sólo puros. Habanos auténticos. También me los fabrican en Cuba especialmente para mí.

—Veo que tenemos algunos puntos en común. Permítanme que les deje. Mucho gusto en conocerle, Mitchell. Que se divierta.

Saltó Juan Ramírez del alto taburete en que se hallaba encaramado y se dirigió a la puerta. Mitchell y Halloway le siguieron con la mirada, pensativamente.

—Si lo desea, Mitchell, antes que a Ketty le presentaré a otros dos compatriotas. Son el capitán de mi barco, Edgar Carridge y Archie Donovan, su segundo. Están allí, en una de aquellas mesas.

Mientras se acercaban al capitán, los ojos de George Mitchell se posaron en la figura de Fred Walcott que acababa, de entrar en la sala y se dirigía al despacho de Andy Kells.

VIII

TE estoy esperando, niña.

Andy Kells parecía morder las sílabas, el cuerpo de Ketty Obregón se estremeció detrás del biombo.

—Voy enseguida —respondió con voz apagada. Terminó de vestirse apresuradamente y salió. Quedó en pie, humilde y respetuosa, delante del dueño del «Tijuana», el cual, sentado en una butaquita y con un cigarrillo entre los labios, no hizo intención de levantarse. Entornados los ojos, cuya expresión velaban ligeramente las grises espirales de humo, murmuró:

—No acostumbro a esperar tanto, preciosa. Recuérdalo.

—Perdone —repuso ella, bajando la vista—. Me vestí todo lo aprisa que pude.

Andy Kells se puso en pie lentamente. Todos sus movimientos eran fríos, premeditados, felinos. Arrojó el cigarrillo a un rincón y avanzó hasta situarse cerca de la que, temblorosa, esperaba en silencio. Los labios del tipo de aspecto enfermizo se abrieron en una sonrisa cruel.

Luego, bruscamente, cruzó el rostro bronceado de la joven con sus finas manos, blancas y pulidas, casi femeninas. Las dos bofetadas restallaron como trallazos en el pequeño camerino.

Se tambaleó Ketty Obregón, pero sus labios permanecieron cerrados, sin exhalar una queja.

—De ahora en adelante —silbó Kells—, cuando yo venga a buscarte, no me harás esperar. Si no estás vestida, sales desnuda. ¿Comprendido?

Al pasar un brazo por los hombros de la muchacha, cubiertos apenas por la gasa transparente del vestido, percibió Kells la sacudida que sufría el esbelto cuerpo femenino. Lejos de molestarle,

aquello le hizo reír cínicamente.

—Yo pego a las mujeres, pero también las acaricio. Te acostumbrarás pronto. Todas las mestizas sois iguales.

—No soy mestiza —declaró Enriqueta Obregón en tono sumiso—. Soy mejicana.

—Da lo mismo. Supongo que tu odio hacia mí no conoce límites y me pregunto cuándo te decidirás a clavarme un cuchillo en el corazón.

La cantante no contestó. Evitaba mirar al que, siempre en tono de sangrante ironía, continuó:

—Tu enamorado Halloway, el apuesto marinero yanqui, está en la sala. No intentes verle, porque será peor para ti, tal vez para los dos.

—No está enamorado de mí.

—Tú sí lo estás de él. Será gracioso ver la cara que pone cuando se entere de lo nuestro...

—Es usted un bicho repugnante —no pudo ella por menos de exclamar al fin.

—No grites. Me molestan los gritos. ¿Tú no sabes que Halloway y yo tomamos parte en un mismo negocio?

—No me lo creo.

—Haces mal, porque es cierto.

—¿Por qué me cuenta todo eso?

—Sería inútil que te lo explicara. Soy un hombre muy raro, y casi nadie me entiende. Pero dejemos al yanqui.

Ketty Obregón alzó la cabeza para fijar la mirada de sus ojos negros, grandes y luminosos, en el rostro enfermizo de Kells.

—Dice yanqui en el mismo tono despectivo que utilizan mis compatriotas para decir gringo. ¿No es usted americano también?

—Por adopción nada más. Soy inglés de nacimiento y de raza. En el fondo, desprecio a los americanos, «a todos los americanos».

Miró el reloj y esbozó una sonrisa.

—Esos siguen ahí, esperando. Pero tú ya no actuarás más para ellos, por esta noche. Lo harás para mí, donde tú sabes.

La besó largamente en los labios. Luego sacó una llave del bolsillo y se la entregó a la muchacha.

—Ya conoces el sitio. Ve inmediatamente. Y si sientes tentaciones de pedir ayuda, recuerda que te tengo en mis manos.

Una sola palabra mía y todo acabó para ti. La vergüenza te cubrirá...

Salió del camerino de la joven, siempre sonriente. Una sonrisa cruel que iluminaba su pálido semblante.

Dio ciertas instrucciones en voz baja a Brian Prentis, que esperaba afuera, y cruzó el salón hacia la calle.

Mientras caminaba sorteando las mesas, miró con el rabillo del ojo a Halloway y a los tres hombres que le acompañaban. No conocía al gordo, ni le importaba mayormente. Lo que le intrigó y pareció preocuparle un tanto fue la ausencia de Juan Ramírez.

Afuera le esperaba un coche. Subió a él y lo puso en marcha. Había amueblado un departamento con cierto lujo en el extremo norte de la población y éste era su punto de destino. Cuando llegó preparó unas bebidas, conectó el aparato de radio y tomó asiento en un sofá.

Encontraba siempre en los preliminares tanto o más atractivo que en las situaciones intrínsecas, y disfrutaba saboreando de antemano los resultados de sus maquiavélicos planes.

Transcurrió media hora. Para Andy Kells, media hora feliz, invertida en imaginar futuras escenas. Bebió un «wiski» y encendió un cigarrillo. Estuvo un rato tanteando los mandos de la radio, hasta que logró sintonizar una emisora norteamericana que transmitía música de baile del famoso Col Porter.

Por fin, en el rellano de la escalera, escuchó el taconeo de unos zapatos femeninos. Enseguida el ruido de la llave al girar en la cerradura y pasos amortiguados sobre las gruesas alfombras.

Entró Katty Obregón. Llevaba un vestido azul, escotado, y un pañuelo de encaje sobre los hombros. Sus facciones, un poco rígidas, carecían en absoluto de expresión.

—Acércate.

La muchacha dejó el echarpe sobre la silla, con gesto resignado, y tomó asiento en el sofá, junio a Kells.

—Sírveme «wiski», preciosa.

Nada producía, a Kells tanto regocijo como sentirse dueño y señor de alguien. Más de una vez, su mente enfermiza había soñado estampas musulmanas de orgías y torturas, de esclavos y mujeres rendidas a sus pies, obedientes a sus deseos, sollozantes bajo el látigo.

Bebió lentamente, chavando sus cínicos ojos en el rostro de la joven, esperando observar en ella un gesto de temor, un estremecimiento, un suspiro.

No hubo nada de eso. Sólo cansancio, resignación, revestido todo ello de una severa tranquilidad.

De pronto, Andy Kells arrojó el vaso contra una pared, ladeóse en el sofá y atrajo contra si el cuerpo cálido y palpitante de la mejicana. Sus labios buscaron afanosos los de ella.

—Espero que no hayas dicho a nadie nada y podamos disfrutar tranquilamente la noche.

Ella no forcejeó siquiera. Quedóse inmóvil, inerte, casi desmayada, entre los brazos de él.

—¡Perro gringo!

Volvió Kells la cabeza, sobresaltado, para encontrarse con la pequeña figura del mejicano Ramírez, en cuyos ojos ardientes chispeaban el desprecio y la ira. Por segunda vez insultó:

—¡Perro gringo!

Ketty Obregón, atónita, se puso en pie y separóse del sofá. Miraba alternativamente a los dos hombres, presintiendo la tragedia.

—¡Juan! —gritó.

—Tú, quieta, niña. Aguarda a que le ajuste las cuentas a este rajao.

Pasado el primer momento de estupor, Andy Kells había recobrado la serenidad. Continuó sentado, esperando a que Ramírez actuara. Ignoraba cuáles eran sus propósitos, aunque no era, difícil imaginarlos.

Fría y deliberadamente, el mejicano extrajo el largo y afilado cuchillo, a cuya brillante hoja arrancó metálicos reflejos la luz de la araña que pendía del techo. La joven clamó:

—¡No lo mates, Juan, no lo mates!

Ramírez no se dignó mirarla. Dio un paso al frente, con feroz resolución retratada en el semblante, y entonces comprendió Kells que no podía esperar compasión. A pesar de todo, esbozó una sonrisa.

—Tú, tú no puedes hacer eso, Juan. Recuerda que...

Mientras hablaba, su mano derecha se movió vertiginosamente buscando la Stard que llevaba, en una funda, bajo la axila.

Se oyó una carcajada proferida por el mejicano, al tiempo que el cuchillo surcaba veloz el espacio para clavarse con un seco chasquido en el corazón de Andy Kells.

Los ojos del enfermizo sujeto se abrieron desmesuradamente, se inmovilizó su mano diestra, que ya tocaba la culata del arma, y su cabeza cayó hacia adelante.

—¿Qué has hecho? —gimió la artista, apoyándose en el respaldo de una silla.

Juan Ramírez se acercó tranquilamente al cadáver. Al sacar el cuchillo, la sangre salió a borbotones por la ancha herida. Miró el mejicano en torno suyo, y, no encontrando cosa mejor, limpió el arma con uno de los visillos de la ventana. Luego dijo:

—Ese chingao ya no molestará a nadie. Vámonos, Enriqueta. ¿Tienes que recoger alguna cosa?

—No. Era... era la primera vez... que venía.

—Lo sé, pequeña, y me alegro.

Ramírez se expresaba con enorme naturalidad y sangre fría.

—¿Está..., está muerto? —inquirió estúpidamente ella.

—¡Qué graciosa! Cuando yo pincho a un cristiano lo dejo listo.

—No sabes lo que has hecho, Juan —murmuró la muchacha sin apartar la vista del cadáver—, ni las consecuencias que la muerte de ese hombre puede acarrearle.

—Calculo que las consecuencias de su muerte no serán peores para ti que las de su vida. Ya hablaremos, niña. Ahora debemos irnos.

—Te cogerá la policía. Irás a la cárcel.

—¿Yo? Pues bueno. Si voy, ya saldré. Y si no quiero ir, pues no voy.

Bajaron lentamente las escaleras. Enriqueta Obregón se sentía desfallecer y tenía que cogerle al brazo musculoso Ramírez. Se había cumplido la profecía que ella misma hiciera a Kells. Ramírez lo había matado.

Ya en la calle, el mejicano propuso:

—Daremos un paseo. Corre algo de brisa y es bueno para despejarse.

—¿Cómo puedes estar así, tan tranquilo? Acabas de matar a un hombre y...

—¿Y qué?

—Nada, Juan. ¡Es horrible! Llegaste muy oportunamente, ésa es la verdad.

—No te pregunto, niña. Entremos ahí —añadió, señalando la brillante fachada de un bar—. Tomaremos un vaso de pulque. Pulque del bueno.

—Tú no me preguntas, Juan manifestó la muchacha, obsesionada, —pero yo quiero explicarte...

—Olvidalo. Ahora estás excitada. Vendrás conmigo al rancho. Al diablo Veracruz, y el *cabaret*, y todo eso. No es sitio adecuado para ti.

—Tú sabes —respondió con acento; de nostalgia— que eso no es posible.

—¿Es por Halloway?

—No, no es por él. Hay otras cosas.

—Ya hablaremos luego. De momento, vamos a tomar el pulque.

Empujó Ramírez la puerta del bar y pasaron al interior. La fría serenidad de su compatriota, que parecía no dar ninguna importancia a lo ocurrido, tranquilizaba en parte el ánimo de Ketty Obregón.

Sentados ante una mesa, bebieron en silencio. El pulque comunicó a su cuerpo una grata sensación de calor. Se limpió Ramírez los labios con el dorso de la mano y empezó a hablar de su rancho y de un caballo que había comprado recientemente.

—Galopa como el viento —aseguró muy ufano.

—Deja eso, Juan. Hay que afrontar la situación.

—¿Qué situación?

—¡Por favor! No hagas que se me alteren más los nervios. Bastante desquiciados los tengo ya. Escucha... Cuando encuentren a Kells, si recaen sospechas sobre ti, yo juraré donde sea preciso que estabas conmigo.

—Y yo no lo permitiré. ¿Qué diría entonces Halloway?

—Halloway no demuestra demasiado interés por mí. En cambio tú, Juan, has sido capaz de matar.

Los ojos negríssimos y profundos de Ramírez demostraron una chispita de vida.

—Fui capaz de eso, pero no de escudarme en una mujer para escurrir el bulto. ¿Me tomas acaso por un gringo?

—Sé razonable.

—Nadie sospechará de mí. ¿Crees que se van a preocupar tanto porque alguien haya sangrado a ese tipo?

—Se preocuparán.

—Era un gringo —sentenció Ramírez en un tono que parecía indicar que aquello lo justificaba todo.

—No es a la Policía a quien más temo —prosiguió la cantante.

—¿No? ¿Pues a quién...?

—A los dos norteamericanos que estaban siempre con Kells. Ya los conoces.

—Dos rajas —despreció el mejicano.

—Pero saben algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Referentes a mí.

—¡Ah! Eso es distinto. Yo me ocuparé de aviarlos.

—¡No! ¿Más sangre por mi culpa? ¡No! Es necesario que te cuente algo para que te sitúes en la realidad. Después...

—Si tanto insistes, cuéntalo. Pero aguarda a que nos traigan más pulque.

IX

POR la mañana, Fred Walcott y Brian Prentis esperaron más de una hora la llegada de Andy Kells, que los había citado para las once y media.

—Es extraño, tú —musitó Prentis, consultando una vez más el reloj.

Su compañero se encogió de hombros y siguió haciendo un solitario. Conocía, lo mismo que Frontis, los planes de Kells para la noche anterior, y no encontraba tan extraña su tardanza.

—Siempre ha sido puntual —insistió el otro.

—Todas las reglas tienen su excepción. El hecho de que Andy se retrase no es tan extraordinario, creo yo. Habrá encontrado más encantos de los que imaginaba en Ketty, y no tendrá prisa. Esperemos con calma.

Transcurrió otra media hora y Andy Kells continuaba sin dar señales de vida. Walcott arrojó las cartas sobre la mesa.

—Deberíamos acercarnos allá —dijo.

—¿Para que nos mande al diablo? Ve tú, si quieres.

—No creo que se enfade. Además, no me importa. Tiene que encontrar lógico que tratemos de averiguar lo que le pasa, porque hora y media es mucho tiempo. Y no me gusta que me den plantones. ¿Vienes?

Un poco a regañadientes, Prentis se fué con su compinche.

Llegaron a la casa recientemente alquilada por Kells y llamaron al timbre con insistencia, sin obtener respuesta. Walcott, más observador que su amigo descubrió en la cerradura algunas señales bastante significativas, hechas la noche antes por Ramírez. Ciertamente, éste no se anduvo con muchos remilgos para entrar.

—No está —dijo Prentis—. ¿Dónde infiernos se habrá metido

toda la mañana?

—Convendría echar un vistazo Ahí dentro —repuso tranquilamente Walcott—. Mira eso —y señalaba las huellas de violencia que la puerta mostraba—. Está abierta.

No era agradable el espectáculo del cadáver de Andy Kells, y Brian Prentis, inmovilizado en el centro de la habitación, bramó:

—¡Maldita sea! Se lo han cargado.

—Eso parece —respondió Walcott sonriendo—. Por lo visto la mestiza no era tan manejable.

Se acercó al cadáver para examinarlo con detenimiento, aunque sin ponerle la mano encima, y añadió:

—Está auténticamente muerto.

—¿Crees que fue ella?

—¿Quién, si no? Observa ese visillo: Limpiaron el puñal en él, lo que demuestra que el crimen fué cometido por persona de mucha sangre fría y a la que la vista del muerto no debió preocupar demasiado. Los mejicanos son así. Tuvo que cogerle de sorpresa, porque Kells era rápido con la pistola y no carecía de fuerza.

—¿Qué hacemos? —inquirió Brian.

—Déjame pensar.

Walcott encendió un cigarrillo y estuvo unos momentos pensativo, con la vista fija en el cadáver. Luego anunció:

—Vamos a dejarlo aquí. A la noche veremos el modo de sacarlo y tirarlo al mar con una piedra bien grande amarrada a los pies.

—¿Te has vuelto loco?

—Nunca en mi vida he estado más cuerdo.

—Nadie lo diría. Suponte que nos pescan haciendo la faena. Darán por sentado que lo matamos nosotros.

—Ten calma, Brian. Hay que afrontar los hechos fríamente. Le han liquidado, y eso ya no tiene arreglo. Cuanto más tiempo pase hasta que se descubra el cadáver, mejor para nosotros. Una investigación en torno a su persona no nos conviene. Ante todo, hemos de procurar que el negocio no se estropee.

Este último razonamiento pareció convencer a Prentis. Rascóse la cabeza y concedió:

—Puede que tengas razón.

—¡Pues claro que la tengo! A este piso no ha de venir nadie, salvo imprevistos. Complicaciones. Dejémosle y a la noche

volveremos. Hay que avisar a Halloway y entregarle la mercancía.

—¿No lo habrá matado él?

—No digas tonterías. ¿Por qué iba a matarlo? Además, Halloway no es hombre de cuchillo. Fué ella, y es de suponer que a estas horas se encuentre muy lejos de Veracruz. Vamos.

Abandonaron el piso, cerrando la puerta lo mejor posible. Procurando no ser vistos, salieron a la calle.

—Encárgate de mandar recado a Halloway —ordenó Walcott— y no pierdas la serenidad.

—Estoy sereno.

—Tan pronto como el «Kansas» inicie su viaje, nosotros nos largaremos. Yo, por lo menos, no pienso permanecer aquí más que el tiempo indispensable. Luego, adiós. Estoy harto de esta condenada ciudad, y, por otra parte, no sabemos las consecuencias que la desaparición de Kells puede traer consigo.

Se separaron en el Zócalo, y Brian Prentis, dando vueltas en la cabeza a los inesperados acontecimientos, se dirigió al puerto.

Estaba Halloway afeitándose en su camarote cuando le anunciaron la visita de Prentis. Terminó de rasurarse a toda prisa y salió al puente. Torció el gesto al ver al tipo de la cabeza gris, que, con las manos a la espalda y la cabeza inclinada, paseaba sobre cubierta. Protestó en voz baja al marino:

—¿No os he dicho que no debíais venir aquí para nada?

—Ha pasado algo con lo que no contábamos, —explicó Brian Prentis, en el mismo tono de voz—. Anoche liquidaron a Kells.

Halloway silbó largamente.

—No puedo decir que lo siento —dijo—. Pero por otro lado...

Su semblante se ensombreció.

—Le hemos encontrado muerto de una cuchillada en el corazón. Fred dice que habrá sido Enriqueta. Se marchó con él anoche, con Kells, quiero decir, y...

Prentis parecía contento de darle aquella noticia a Halloway. Éste, por su parte, no dejó entrever su profunda desilusión. Pero acabó por decirse que si la muchacha había hecho aquello debía tener profundas y poderosas razones. Lo único que se atrevía a reprocharla era no haber acudido a él, para explicarlo lo que fuese. Ahora recordaba la extraña actitud de Ketty, su tristeza y su resignación.

—No, ella no ha podido hacerlo. Forzosamente ha de haber otra persona. Juan Ramírez, pongamos por caso. Le gusta manejar el cuchillo.

—Juan Ramírez, no. Imposible, yo sé que es imposible.

—¿Por qué estás tan seguro?

Prentis sintióse violento y no respondió. Holloway sonrió y cambió de tema.

—¿Se torció el negocio?

—No —repuso Prentis rápidamente—. El cargamento está preparado. Es necesario que lo recojas cuanto antes.

—¿Dónde?

—En aquella casa, ya sabes. A las once de la noche.

—No faltaré. Lárgate ya, y no vuelvas a aparecer por aquí aunque degüellen a media humanidad.

Descendió Prentis de la nave y desapareció de la vista de Holloway. Éste volvió a su camarote y empezó a silbar, instintivamente, pero su pensamiento estaba en otra parte.

Después del almuerzo bajó a tierra, y deambuló por las calles de la ciudad. La idea de hablar con Ketty Obregón pasó por su mente varias veces. Pero estaba muy dolido con ella y no se decidió a hacerlo en los primeros momentos. Luego, sí. Se acercó por el hotel donde la cantante se había hospedado y allí le dijeron que marchó de madrugada, después de recoger sus cosas. En la puerta le esperaba un automóvil.

—Gracias —musitó Holloway. Y volvió a la calle, cada vez más confuso y molesto.

Ya no podía hacer otra cosa que esperar a la noche, por si la joven aparecía por el *cabaret* a cantar. Entonces la abordaría y la obligaría, incluso por la fuerza, a que le contara toda la verdad de lo que aquel maldito Prentis había sugerido.

Pocas veces había pasado Holloway una tarde tan llena de zozobra como aquélla. Las horas se le hicieron eternas. Deseaba que llegara la noche. No podía hacerse a la idea de que Ketty Obregón hubiera estado, por propia voluntad, con otro hombre a solas. Claro que el simple hecho de que Kells hubiese muerto apuñalado decía mucho en favor de la chica. Lo hubiera hecho ella o cualquiera otra persona.

—Sí, no debo pensar mal —se dijo en voz alta—. No sería justo.

Al fin y al cabo...

A las diez de la noche, cansado de tanto ir y venir sin rumbo, entró en el «Tijuana». Una pizarra anunciaba al público que, por encontrarse enferma, Ketty Obregón no actuaría aquella noche.

Poco antes de las once, cada vez más preocupado, y lleno de incertidumbre, se dirigió a la casa donde Prentis y Walcott le esperaban. Quizá, de haber estado un poco más atento, no le hubiera pasado inadvertida la presencia del gordo norteamericano que decía dedicarse a los negocios y que, desde unas horas antes, le seguía como una sombra a todas partes.

Walcott y Prentis le recibieron con una cordialidad extraña. Le ofrecieron «*whisky*» y un cigarro puro, que rechazó, y Fred Walcott tomó la palabra.

—Ya sabes lo que ha pasado. Por fortuna, a Andy lo pasaportaron cuando ya estaba todo a punto para que te hicieras cargo del alijo. Dejemos a un lado lo de la muerte y...

—Un momento. Éste me dio pocos detalles. ¿Quieres explicarme tú?

—Hay poco que explicar. Esperaba en un piso que había amueblado hace unos días a... a Enriqueta. Tal vez esto no te guste, y como creo que te gustará conocer los detalles, te diré la verdad.

—Continúa.

—No sabemos más. Esta mañana, en vista de que no aparecía a la hora convenida, fuimos a buscarlo. Lo encontramos muerto. Eso es todo. A ella no la hemos vuelto a ver. No ha comparecido en el «Tijuana». Creo que el asunto está claro.

—Así parece. Pero hay un extremo que me gustaría averiguar.

—Tú dirás.

—Conozco a Enriqueta desde hace tiempo. La conozco bien. ¿Cómo se las arregló Kells para...?

Quedó en el aire la pregunta y Fred Walcott permaneció durante unos minutos silencioso, contemplando el techo de la habitación.

—Quiero saberlo —remachó Halloway. El azar colocaba en una situación privilegiada a éste con respecto a los dos facinerosos y estaba firmemente dispuesto a aprovecharla.

—Bien. Te lo diré. En resumidas cuentas, no tiene para mí ninguna importancia.

—Adelante.

—Ketty Obregón o Enriqueta, pertenece a una familia que en tiempos no muy lejanos disfrutó de una gran posición social, allá en la región de Durango. Gente de alcurnia, según parece.

Halloway lo sabía, pero no hizo comentarios, dejando que Fred Walcott se explicara a su modo. Siguió éste:

—Un revés de fortuna los arruinó y ella, que era una muchacha decidida y valiente, luchó por salir adelante. No sé cómo llegaría a Veracruz ni quién descubriría sus excepcionales dotes de cantante. Eso no importa. El caso es que empezó a destacar, contratándose ventajosamente en el «Tijuana». Sus padres son viejos y la madre está, por lo visto, enferma de algún cuidado. Enriqueta no les dijo nunca que se ganaba la vida cantando en un *cabaret*. Les ayudaba económicamente, fingiendo un empleo de otro tipo. En una ocasión necesitaron los viejos, no sé por qué motivo, una cantidad determinada de dinero. Ella no lo tenía y...

—¿Y qué?

—Lo cogió de la caja del *cabaret*.

—Empiezo a comprender. ¿Qué más?

—El robo fué, naturalmente, descubierto por el antiguo dueño del «Tijuana». Acabó sospechando de la muchacha, y ella, al ser acusada, no lo negó. Aquel fulano no era mala persona, ni demasiado bueno tampoco. Pongamos que era un vival. La hizo firmar una confesión, prometiéndole que no diría ni una palabra y que mensualmente le descontaría una parte pequeña de su sueldo, para ir amortizando la cantidad sustraída. De este modo se aseguraba la permanencia de Enriqueta en el establecimiento, cosa que le interesaba bastante, porque la verdad es que la chica atraía mucho público.

—Abrevia, Walcott.

—Cuando Kells compró el *cabaret*, examinó minuciosamente la contabilidad. Era un águila para eso. En principio, Ataúlfo Martínez no quiso decirle nada del asunto de la cantante, pero no tuvo más remedio que confesarlo, porque Andy no quería dejar ningún cabo suelto en el orden administrativo y exigió una total comprobación de gastos e ingresos.

Fred Walcott bebió un sorbo de «*whisky*» antes de proseguir:

—De modo que Kells heredó el secreto, el recibo y la confesión de Enriqueta Obregón, y con ello un poder sobre la chica que le

venía estupendamente. Y no sólo la amenazó con denunciarla y meterla en la cárcel, sino también con informar a sus padres de todo.

—Siento no haber sido yo quien quitara de en medio a esa víbora —saltó Halloway sin poder disimular sus sentimientos.

—Kelly temía que una noticia de ese calibre causara la muerte de su madre, y estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de evitarlo. Te cuento los hechos sin añadir ni quitar nada a lo que el propio Kells me confió hace poco tiempo. Precipitó la compra del *cabaret*, proyecto que acariciaba desde algún tiempo antes, y la suerte le ayudó en lo que se refiere a Enriqueta, aun cuando me figuro que no pudo lograr plenamente sus propósitos.

—Lo mismo creo.

Halloway meditó un largo, rato sobre lo que Walcott acababa de explicarle. Después de lo que había oído estaba a punto de confesarse que aquel tipo le resultaba hasta simpático.

—Dejemos eso por ahora —dijo al fin.

—Sí. Y hablemos del otro asunto, que es lo interesante. Esta misma noche, Brian y yo sacaremos el cadáver de Kells para tirarlo al mar. No creo que nadie le haya descubierto aún porque en aquel piso sólo entraba él. Nos interesa que su muerte no se conozca, por lo menos hasta que tu barco salga para Nueva York.

—Muy bien. ¿Se te ha ocurrido la idea a ti?

—¿Por qué no? Dile a Drake que no envíe el dinero aquí. Vamos a regresar a Nueva York inmediatamente.

—¿Os lo ha pedido él?

—Nos ha autorizado a hacerlo quien manda más que él. ¿Conforme, Halloway?

—Conforme —hizo una breve pausa y prosiguió de pronto—. Entonces. ¿Drake no es el jefe?

—Si te lo dijéramos sabías tanto como nosotros —sonrió Prentis.

—¿Y la mercancía?

—Ahí está, en esa maleta. ¿Cómo te las vas a ingeniar para llevarla al barco?

—Es muy sencillo. Lo difícil será sacarla en Nueva York. Sin embargo, confío en salir airoso de la empresa. ¿Tenéis algún coche cerca de aquí?

—Muy cerca, no. Pero Brian puede ir por él, si es necesario.

—Lo es. Antes os quiero preguntar algo. ¿Dónde está la confesión de Enriqueta que poseía Kells?

—En su despacho del «Tijuana», en la caja fuerte.

—La necesito. En otro caso, no habrá negocio.

—Te aseguro que yo no pienso usar esos documentos contra la chica.

—Prefiero tenerlos yo. ¿Algo que objetar?

Walcott vaciló un segundo. Luego se encogió de hombros.

—Nada.

—En ese caso, tan pronto haya dejado yo el cargamento en el buque, iré al «Tijuana» y me entregaréis esos papeles.

—De acuerdo.

Prentis salió a cumplir el encargo de Halloway y Fred Walcott extrajo una baraja del bolsillo y se puso a hacer solitarios. Indicó Halloway:

—Mucho cuidado luego, cuando saquéis de la casa el cadáver de Andy Kells.

—No te preocupes. Yo sé hacer estas cosas.

Walter Halloway se sirvió una generosa ración de «*whisky*» y bebió despacio, sumido en sus reflexiones, y mirando al mismo tiempo el solitario que hacía Walcott.

—Pon ahí ese seis de picas.

—Gracias.

Halloway estaba pensando en Ketty Obregón. Le molestaba que no hubiera confiado en él, y, sin embargo, reconocía que la muchacha no había obrado con mala intención, sino por no preocuparle con sus cosas. Además, debió de sentir reparos en decírselo, por miedo a que no la comprendiera.

—El seis de trébol, Walcott; coloca el seis de trébol.

En la mente de Halloway surgió de pronto la figura de Katherine Wilbur y la comparó con la muy atractiva de Ketty Obregón. Ambas eran extraordinariamente hermosas, pero a él le gustaba infinitamente más la última. Ahora, que tal vez no la volviera a ver nunca más, comprendía que la amaba más de lo que se hubiera atrevido a confesarse hacía sólo un par de semanas.

Antes de transcurrida media hora de su marcha, Brian Prentis reapareció.

—El coche está dispuesto —dijo.

Prentis cargó con la maleta y la colocó en el automóvil.

Halloway empuñó el volante y dio al botón de arranque.

—Iré al «Tijuana» dentro de un par de horas. Hasta luego.

El vehículo partió velozmente, y Prentis y Walcott penetraron de nuevo en la casa.

Oculto tras una esquina, el gordo George Mitchell se frotó las manos.

—Todo va bien —murmuró.

X

CUANDO Walter Halloway compareció por segunda vez aquella noche en el «Tijuana» sintió una sensación de nostalgia muy parecida a la tristeza. La ausencia de Ketty Obregón pesaba mucho en el *cabaret*, cuya animación era menos bulliciosa que otras veces. Los músicos de la orquesta parecían cumplir su cometido sin entusiasmo, y el director dirigía frecuentes miradas al sitio por donde normalmente hacía aparición la cantante mejicana.

La negra pizarra que anunciaba la indisposición de la artista era una pincelada lúgubre en el ambiente. Al menos, así se le antojaba a Walter Halloway. Sus pensamientos, al margen de otras preocupaciones, giraban desde horas antes en torno a Ketty y a su súbita desaparición. Una vez más se preguntó cómo se había marchado sin verle, sin unas líneas de despedida al menos, y sintióse embargado por cierto malestar.

Walcott y Prentis le interrogaron con la mirada y el joven replicó inmediatamente:

—Todo arreglado. La mercancía está segura hasta Nueva York. ¿Me dais esos papeles?

—Ven con nosotros —indicó el primero.

Se dirigieron hacia el fondo de la sala y Halloway comentó:

—¿No echan de menos a Ketty?

—¿Quién?

—Me refiero a la gente de aquí: los camareros, el «*maître*», el director de orquesta.

—No. Con todos éstos me entendía yo generalmente; de modo que no hay problema. Si preguntan digo que se ha ido de viaje, y en paz.

Prentis abrió la puerta del despacho y se hizo a un lado para

dejar paso a Walcott y al marino, que entraron por este orden. La luz estaba encendida.

El mejicano Ramírez no se molestó en tratar de ocultarse. Miró de arriba abajo a los tres hombres, y dijo sencillamente:

—¡Demonios!

Prentis cerró la puerta de golpe y sacó la pistola, encañonando a Ramírez, que, a la vista del arma, soltó una risita ahogada.

—¿Qué estaba haciendo aquí? —preguntó, a su vez, Holloway, mirando alternativamente Ramírez y a los otros dos.

—Ya lo ve, mi amigo. Preparaba una funcióncita de fuegos artificiales.

En realidad, no hacía falta que lo dijera, porque era bien visible el desorden que reinaba en el despacho y, sobre todo, la rudimentaria carga de dinamita que el mejicano había colocado en la caja fuerte, dispuesto a volarla.

—Pueden ahorrarse desperfectos —prosiguió Ramírez tranquilamente—, si me dan lo que vine a buscar.

—Lo que te vamos a dar es una paliza como no la ha recibido nadie en su vida —rugió Prentis.

—No grite tanto, gringo. No soy sordo.

—Tiene gracia —murmuró Walcott—. Le sorprendemos robando o intentando robar, y encima se envalentona. Baja a ver si hay algún agente de Policía en el local.

—Un momento —reclamó Holloway—. No conviene mezclar a la Policía en esto. Dadme esos papeles y dejad a éste de mi cuenta. Yo me encargo de que no vuelva a molestarnos.

Fred Walcott dudó unos momentos. Por fin, decidió acatar las órdenes de Holloway. Dirigióse a la caja fuerte, retiró la dinamita puesta por el mejicano y abrió. Tras hurgar un rato en el interior, sacó un sobre, que entregó a Holloway. Examinó éste su contenido y exclamó:

—Conforme, muchachos. Vámonos ya.

—Se irá usted —desafió el mejicano—, porque el hijo de mi madre no sale de aquí mientras no se lleve lo que ha venido a buscar.

—Quizá usted y yo busquemos lo mismo, Ramírez. Venga conmigo. ¿No comprende que si éstos le pegan un tiro les asistirá toda la razón?

—No entiendo de razones, yanqui. Y eso de pegarme un tiro... habría que verlo.

Salió disparado el puño izquierdo de Halloway, y Juan Ramírez, alcanzado de lleno en el mentón, se derrumbó, sin sentido, sobre la alfombra.

Ramírez volvió en sí media hora más tarde. Estaba en el reservado de una taberna cercana al puerto. Ante él, contemplándole en silencio, se hallaba Halloway.

Los ojos del mejicano despidieron chispas, y su mano derecha se movió velozmente, buscando el cuchillo.

—Lo tengo yo —explicó tranquilamente Halloway—. Imaginaba que, al despertar, sería ésa su reacción. Por eso le quité la herramienta.

—Me arreó de sorpresa, yanqui —recalcó Ramírez, mirándole con desprecio.

Walter Halloway no contestó. Puso sobre la mesa unos papeles, y ordenó:

—Lea.

Leyó el mejicano, sin interés al principio, y revelando después paulatinamente su satisfacción.

—¿No es lo que quería? —dijo el marino.

—Eso mismo. ¿Cómo lo sabe?

—Uno piensa con la cabeza. Yo también quería apoderarme de los documentos, pero con un procedimiento más inteligente que el suyo. ¿Dónde está Enriqueta?

—En alguna parte.

—Mataron a Kells.

—¿Me lo cuenta a mí?

—Sus dos ayudantes están seguros de que fué ella quien lo liquidó.

—¡Habrás chingaos!

—Yo también me inclino a creerlo, después de saber lo ocurrido entre ella y Andy.

—¿No dijo que pensaba con la cabeza? Pues no lo parece.

—Aclare.

—Yo lo sangré. ¿Lo duda?

—No, no lo dudo. ¿Quiere explicarse?

—No hay mucho que explicar. Sabía que el macarra ese iba a

obligar a Enriqueta a ir a cierta casa y los seguí. Lástima que no lo viera usted. El tipo quiso sacar una pistola y todo. Y se reía, mirándome como si yo fuera un bicho. Allá en mi tierra, jugamos mucho a lanzar el cuchillo. Yo siempre gano. Conque le clavé sin acercarme.

—¿Qué piensa ella hacer?

—Usted dirá, yanqui. Los papeles son ahora suyos, ¿no?

—Déseles a Enriqueta, con un saludo de mi parte. Para eso los quería.

—¡Ah! Ya me extrañaba, porque casi nunca me equivoco al calar a un fulano. Y usted me cayó simpático desde el principio. Enviaré al «Tijuana» el dinero que falta para saldar esta deuda, y me llevaré a la chica lejos de aquí, tanto si quiere como si no. Éste no es su sitio. ¿Me devuelve el cuchillo?

Walter Halloway se puso en pie, entregó al otro el arma y salió del reservado silbando «Diana».

Paseó un rato por las calles. Quería ordenar sus ideas y pensar detenidamente en lo que le aguardaba en Nueva York. Las imágenes de Katherine Wilbur y de Enriqueta Obregón danzaban en su mente, confundiendo una con otra. De cuando en cuando le parecía escuchar las palabras de aquélla, cuando le besó:

«Quizá haya sido peor para usted».

Absorto en sus meditaciones, llegó al final de los solitarios muelles en el momento en que dos sombras humanas, que transportaban un bulto, se acercaban con sigilo al borde. Los reconoció en el acto y se ocultó tras unos fardos.

Oyóse el ruido producido por un cuerpo al caer al agua. Luego, los pasos de los dos hombres que se alejaban. Más tarde, el zumbido de un motor.

Walter Halloway dio media vuelta, y poco después subía a bordo del «Kansas», cuya majestuosa silueta se recortaba en las tranquilas aguas, acariciado por la luna.

Se acostó enseguida y tuvo largas pesadillas en las que las imágenes se sucedían una tras otra, sin orden ni concierto, en confuso y desesperante desfile.

Por la mañana, al levantarse, sintióse de mal humor. Acercóse al capitán Carridge, que le esperaba en la cubierta con su segundo, y les saludó con un gruñido.

—No pareces muy alegre esta mañana, ¿eh, Halloway? —sonrió el capitán—. ¿Algún contratiempo?

—No; ningún contratiempo.

Mientras se iniciaban los preparativos para zarpar, Halloway no cesó un solo momento de otear el muelle esperando que Enriqueta Obregón se decidiera a aparecer por allí. Era necesario que hablase con ella, y si ella no aparecía se llevaría un terrible disgusto.

Al fin la descubrió entre la gente que poblaba los muelles, debido a la llegada de un barco alemán. Bajó la pasarela, sonriente, y quedó ante la cantante, mirándola con atención cariñosa.

—¡Hola, Ketty! Temí que no vendrías. Ayer te estuve buscando desesperadamente y no te encontré.

—Cambié de pensión y no me decidí a decírtelo. ¡Es tan horrible lo que ha sucedido! Pero ya todo pasó. Juan me devolvió aquellos papeles. Los he quemado.

—Si hubieras confiado en mí, no hubieras pasado tan malos ratos, chiquilla. Pero no hablemos de ello. Todo está bien cuando acaba bien.

—En tu próximo viaje no me encontrarás aquí, Walter.

—¿Dónde estarás, entonces?

—He firmado un contrato con cierto agente artístico al cual me ha presentado Ramírez. Mucho tengo que agradecerle a Juan.

—¿Cantarás en alguna otra parte?

—Sí; pero no sé dónde aún. Si pudiese ser en Nueva York... Me han hablado del «Siboney».

—Yo paro poco allá, pero me agradecería que lo consiguieras. Tenme al corriente de lo que haya. Sabes ya dónde puedes escribirme.

—¡Adiós, Walter! Por favor, no me olvides. Aunque no nos volvamos a ver, no me olvides. Yo a ti no te olvidaré jamás. Nunca hombre alguno ocupará tu puesto a mi lado.

—¿Ni siquiera Juan Ramírez?

—Ni siquiera Juan. Es muy bueno conmigo, pero...

—Recuerda que me lo has prometido, Ketty. Ni Juan, ni nadie. Sólo yo en tu corazón, porque tú estás sola en el mío.

Ella le miró transida de gozo y de ternura. Le abrazó por el cuello y le aprisionó los labios.

—Repítemelo otra vez, Walter. Para saber que no he oído mal.

—No, no has oído mal, Enriqueta. Te quiero, y me va a ser muy difícil estar separado de ti.

—Si tú me lo pides, iré donde tú quieras. Esta noche, ahora mismo.

—No, no te lo pediré... aún. Espera. Ya falta poco...

—¡Adiós, cariño! ¡Buen viaje, amor!

La sirena del barco dejó oír su potente y desgarrado silbido en el aire de la mañana. Walter Halloway luchó unos instantes con fuertes sentimientos encontrados. Al fin, inclinándose sobre Enriqueta, la besó suavemente en los labios.

—¡Adiós, cariño!

Su atlética figura ascendió ágilmente la pasarela sin volver la cabeza una sola vez.

El «Kansas» atracó sin novedad en el inmenso puerto neoyorquino. Halloway buscó al capitán y le invitó a ir con él a su hospedaje.

—Es algo grave y urgente. Carridge.

—¿De qué se trata?

—Ven y te lo diré.

El capitán le miró, intrigado. Después se encogió de hombros y ambos descendieron al muelle. En la aduana efectuaron un somero registro a la maleta que Walter Halloway llevaba en la mano y les permitieron pasar sin más impedimentos.

Hicieron en silencio el recorrido, tan familiar para Halloway, de las calles que conducían a la taberna del viejo Slade. A su lado, Carridge caminaba con gesto de leve extrañeza.

Saludó Halloway al tabernero, y rogó inmediatamente:

—Procura que no nos molesten, Slade.

Entraron el capitán y Halloway en la habitación de este último. La mirada del capitán revelaba ahora cierta prevención.

—¿Qué sucede, Halloway?

—Ahora te explicaré, Carridge. Toma asiento.

Echó la llave a la puerta y se sentó frente a Carridge, ofreciéndole un cigarrillo. Cuando hubieron encendido manifestó Halloway:

—Terminó el juego, capitán.

El rostro de Carridge sufrió una momentánea crispación.

—¿De qué me estás hablando? —dijo sonriendo—. No

comprendo una palabra.

Halloway suspiró.

—Di más bien que no quieres entenderme. No importa. Soy hombre paciente, y no saldremos de aquí ninguno de los dos hasta que sepa lo que quiero. Sobra tiempo, porque Clark no me espera con la mercancía hasta las ocho de la tarde. ¿Vas entendiendo?

—Nada en absoluto, Halloway. Y te advierto que no estoy dispuesto a tolerar imposiciones. No me gusta ese tono. ¿Has olvidado que soy tu superior?

—Eras mi superior —rectificó suavemente Halloway—. Ya no, porque tu carrera ha terminado.

—¿Qué absurdos estás diciendo?

—Trataré de abreviar, para que las ideas se aclaren en tu mente. Cuando Clark me contrató la primera vez, cometió un error considerable al explicarme con todo detalle la ruta de nuestro buque. Casualmente, había una variación que sólo tú, Archie y yo conocíamos.

—Sigo sin comprender dónde quieres ir a parar.

—Está bien claro. A tu complicidad en el sucio negocio en que tratasteis de envolverme a mí.

—Tú no te encuentras en tus cabales, muchacho.

—Supe que eras tú cuando empezaste a demostrar interés en visitar a mi familia, Pero ponte cómodo, Edgar, y enciende otro cigarrillo. Es mucho lo que tenemos que hablar.

Fumaron ambos. Carridge miraba al otro como si jamás lo hubiese visto antes. Halloway prosiguió:

—Voy a decirte algo antes de nada, Edgar. Pertenezco al F. B. I., y tomaré en consideración tu buena o mala predisposición con respecto a los próximos pasos que he de dar.

—¿Al F. B. I., dices? Pe..., pero eso es imposible.

Edgar Carridge iba tornándose cada vez más pálido y perdía paulatinamente la escasa presencia de ánimo de que había dado muestras.

—Hace tiempo que andábamos detrás de esta cuadrilla, que no se limita únicamente a introducir estupefacientes en Estados Unidos. También abarca otros muchos negocios, a cual más ruines. Explotación, chantaje, protección, robo, trata de blancas... Te digo esto para que comprendas qué debes hablar, si quieres escapar lo

mejor librado posible.

El capitán del «Kansas» acabó por desinflarse.

—Yo sé apenas nada, te lo aseguro. Clark Drake me abordó, en cierta ocasión en que yo había perdido una elevada cantidad de dinero, y me ofreció un trabajo parecido al que tú has hecho ahora. No conozco a nadie más.

—¿Ni siquiera a Katherine Wilbur?

—Sí; a ésa la conozco, no puedo negarlo. La conozco... casi íntimamente; como tú a... a Ketty Obregón, pongamos por caso. La chica me gustó y...

—Y te dejaste hundir hasta el cuello. Sospechábamos que el «Kansas» introducía ciertas mercancías penadas por la ley, pero no nos interesaba levantar la pieza. Mis superiores idearon un plan y en él entré yo.

Halloway se puso en pie y encendió un cigarrillo.

—Antes de ingresar en el F. B. I., yo pertenecí a la marina mercante. Actualizaron mi expediente y me colocaron en tu barco, capitán Carridge. La idea era ingeniosa, creo yo. Se me creó una familia necesitada; un hermano ciego, para cuya operación era preciso mucho dinero. Y empezó la comedia.

Se detuvo en su paseo y dirigió una mirada al capitán, que tenía la cara entre las manos y estaba como abrumado.

—Yo empecé a circular la especie de que estaba ahorrando para la costosa y delicada operación de mi hermano ciego. Ponía giros cada vez que se me abonaba el sueldo y escribía y recibía cartas de mi casa, hablando siempre de penurias y miserias. El plan surtió efecto. Me creísteis presa fácil y me propusisteis el «trabajo». Antes, tú quisiste cerciorarte por ti mismo de que lo que pasaba a mi familia era cierto. Me acompañaste a casa y quedaste convencido. Lo demás llegó por sus pasos contados. Katherine, Clark, el primer encargo...

—Sí; he de reconocer que la comedia estaba bien montada. Vi a tu madre, hablé con tu hermano. El ciego lo era auténticamente.

Halloway sonrió.

—Ni ella era mi madre ni él mi hermano. Quizá se trata de la familia de otro agente especial, o, tal vez, los contrataron para aquella escena. No lo sé realmente ni viene al caso. La verdad es que todo salió cómo estaba previsto. Ahora tengo prácticamente

resuelto el caso. Esta misma noche efectuaremos una buena redada, en la cual han de caer algunos peces gordos, como, por ejemplo...

—¿Por ejemplo, quién?

—No voy a decírtelo. En cambio, tú debes decirme cuánto sepas. ¿Lo vas a hacer?

—Ya te he dicho que sé muy poco. Esa mujer, Katherine, me enloqueció. Eso fué todo, te lo juro.

—Quizá seas sincero. Sin embargo...

Carridge retiró las manos del rostro y miró a Halloway.

—¡Has de creerme! Yo..., yo no sé nada. Apenas nada. Ellos..., ellos...

No consiguió distraer la atención de Halloway ni fué tampoco lo bastante rápido. Antes de que lograra sacar la pistola, la férrea mano del joven sujetó su brazo, y de un rodillazo en el estómago le hizo encogerse gimiendo de dolor. El arma pasó a poder del agente especial del F. B. I., que se la guardó en el bolsillo.

—Es inútil, Carridge. De todos modos, hablarás.

—Te diré cuánto sé, que no es mucho, aunque tú no quieras creerme.

—Empieza por decirme quiénes son los jefes. Sé que en Nueva York hay uno y otro en Veracruz.

—No conozco a ninguno de los dos, aunque admito que existen. Allí me entendía con Andy Kells, y aquí, con Drake. Sé que el jefe de allá posee plantaciones de marihuana, y el de acá, un establecimiento público, en el que se juega, se fuman hierbas, se extorsiona, y no sé cuántas cosas más.

—¿Has estado alguna vez en ese local?

—No; ni siquiera conozco su nombre. Sólo Drake y, tal vez, Katherine lo saben. Antes de que tú entrarás al servicio del «Kansas» llegué incluso a traer mujeres.

—¿Cuántas?

—Tres o cuatro, en distintos viajes. Ante los marineros, yo las hacía pasar por personas conocidas de los propietarios del barco. Con algunas tuve algo que ver.

—Eres un sucio cerdo, Carridge.

El puño de Halloway se abatió con la fuerza de un ariete sobre el cráneo de Edgar Carridge, que se desplomó, sin sentido.

Cinco minutos después estaba atado y amordazado

concienzudamente, y el agente especial del F. B. I., con la maleta en la mano, abandonó su cuarto y cerró la puerta con llave.

Abajo, en la taberna, Slade acudió a su llamada. El aspecto de Halloway era completamente normal. La misma sonrisa, la misma expresión despreocupada en su rostro. Puso en manos de Slade la llave de la habitación, y dijo:

—Dejo ahí a un sujeto bien amarrado. El F. B. I., vendrá por él, dentro de poco. No permitas que se escape, porque podrías tener un serio disgusto.

El tabernero le contempló, estupefacto.

—¿He oído bien, Halloway?

—Has oído bien, Slade. Hasta la vista.

Walter Halloway salió a la calle silbando su canción predilecta. El final se acercaba.

XI

A menudo, Clark Drake presumía de su absoluto dominio de los nervios. Según él, todo en la vida era cuestión de voluntad. Todo se basaba en la voluntad. El hombre con voluntad vencía la timidez, la cobardía, el temperamento. Dominaba los nervios.

Sin embargo, aquella noche sus teorías comenzaron a bambolearse, porque habían dado las ocho y Walter Halloway no aparecía. Claro que por nada del mundo hubiera dado a entender que se hallaba alterado. A todo trance intentaba mantener su postura de hombre inalterable y frío.

Si alguna vez consultó el reloj lo hizo elegantemente, con displicencia. Si fumó un cigarrillo fué despacio, pausadamente, como recreándose en la contemplación de las volutas de humo. Bebió, sí, un par de veces, «*whisky*», pero muy lentamente, a pequeños sorbos.

No obstante, interiormente estaba profundamente desasosegado.

Katherine Wilbur, en cambio, no hacía ningún esfuerzo por disimular su estado de ánimo. Paseaba de un lado a otro, apuraba de un trago el contenido de los sucesivos vasos que se iba sirviendo y encendía cada dos minutos un nuevo cigarrillo, para aplastarlo a las primeras chupadas con pulso nada firme.

El tercer miembro de la reunión constituía un término medio entre los otros dos. Ni tan aparentemente reposado como Drake ni tan claramente excitado como la muchacha. También fumaba y bebía, también miraba el reloj de cuando en cuando, aunque sin demostrar excesiva preocupación ni falsa indiferencia.

—¡Te lo advertí, Clark! —chilló la chica de pronto, histéricamente—. Te dije que habías cometido un error obligando a Halloway a hacer este nuevo trabajo.

—Son las ocho y tres minutos —especificó Drake en tono helado—. Todavía no se ha retrasado lo suficiente para que yo me alarme.

Katherine Wilbur se dejó caer en un sillón y cruzó las piernas, sin que el hecho de enseñar algo más que las rodillas pareciera preocuparla en absoluto. Sus ojos despedían fuego. Tenía el rostro encendido, el cabello en ligero desorden y corrida la pintura de los labios.

Mientras, abajo, un cuarto personaje, en la gran nave-almacén, esperaba totalmente confiado. Era el menos importante de todos; pero, además, no estaba en antecedentes de la trascendencia del negocio. De ahí su mayor indiferencia. Hojeaba tranquilamente una revista ilustrada, que mostraba algunas figuras femeninas muy llamativas y ligeras de ropa, y de cuando en cuando se pasaba la lengua por los labios.

Súbitamente llamaron a la puerta tres veces consecutivas, con breves intervalos. Dejó entonces la revista y fué a abrir, sin prisas.

Los tres de arriba habían oído los golpes. Katherine Wilbur suspiró:

—Debe de ser él.

—Ya te dije que no había motivo para preocuparse.

Las pisadas de Walter Halloway sonaron recias, sonoras, en la escalera. El rostro de la muchacha se animó de pronto. Abandonó el asiento y se precipitó a abrir la puerta.

Todo iba bien. Bastaba contemplar la cara de Halloway, sus ojos alegres, su habitual sonrisa burlona, para comprenderlo.

—Buenas noches a todos —saludó—. Creo que me he retrasado un poco.

Cuidadosamente depositó en el suelo la maleta. Clark Drake avanzó hacia él. A pesar de su dominio de sí mismo, no pudo ocultar la satisfacción que en aquel momento sentía.

—¿No hubo novedad?

—No, ninguna. Las cosas salieron como estaban previstas —repuso el recién llegado, sin borrar la sonrisa de su rostro—. Me refiero, claro está, al cargamento. En esa maleta lo tenéis, absolutamente intacto. En otro aspecto, puede decirse que sí existen.

—Siéntate y bebe algo —invitó Drake—. Tenemos tiempo aún para que nos expliques...

—Seguro.

Se sirvió Walter Halloway una copa de ginebra y la apuró a pequeños sorbos, mientras tres pares de ojos le observaban atentamente.

—Habla —pidió la joven.

—Kells ha muerto. Apuñalado.

—¿Qué?

—No os alteréis. Su muerte, al parecer, fué debida a causas completamente ajenas al negocio. Se interesaba por una chica, una tal Ketty Obregón, y un mejicano celoso lo degolló.

Briand y Fred reclaman la parte de los tres. Vendrán aquí a buscarla, porque los aires de Veracruz se han enrarecido un poco para ellos.

—¿Algo más?

Walter Halloway había pedido que no se alteraran, pero él sabía ya que la sorpresa que habían demostrado ante la noticia del asesinato de Kells era fingida. Tenía razones para saberlo, poderosas razones que le hicieron acentuar todavía más su habitual sonrisa.

—No, nada más. Podéis examinar la maleta.

Miró al otro individuo. Era la primera vez que le veía. Pero su puso en guardia. Le vio llevarse instintivamente la mano al sobaco y comprendió que trataba de cerciorarse de si tenía la pistola allí. Era de esperar. Una persona tenía absoluto y verdadero interés en que él desapareciera del mundo de los vivos. Cada vez se sentía más convencido de ello y debía estar preparado para afrontar cualquier desagradable acontecimiento.

El examen practicado por Drake y la muchacha duró escasamente cinco minutos. Abrió ésta la maleta y Drake y ella se inclinaron anhelosamente. Extrajeron la ropa que contenía, y el hombre, con un afilado cortaplumas, rajó el fondo. A sus ojos aparecieron una elevada cantidad de cigarrillos preparados en mazos cogidos por una faja de papel.

—¡Magnífico! —exclamó Katherine Wilbur—. Tenemos una verdadera fortuna en nuestras manos.

Se sentó en el brazo del sillón que ocupaba Halloway y le acarició el cabello.

El muchacho la miró con semblante inexpresivo. La encontraba extraordinariamente cambiada. Brillaba en sus ojos la codicia, y

tenía un gesto duro, muy poco femenino. La veía quizá por primera vez tal y como era en realidad.

—Ya te dije que con nosotros harías dinero rápida y cómodamente. ¿Te has convencido?

—Aún no he visto el dinero. Tengo un cheque en el bolsillo, que no me sirve para nada.

—Ahora te entregaremos billetes, billetes auténticos. Nada de cheques.

—Eso está mejor.

—Pasa ahí dentro con Joe —añadió Drake—; él tiene instrucciones a ese respecto.

Walter Halloway sonrió ampliamente y echó una mirada al reloj. ¡Claro que Joe tenía instrucciones! No le habían dicho cuáles, pero Halloway las intuyó. No se trataba de ninguna clase de billetes, sino de liquidarlo. Había llegado la hora de actuar.

Miró a Katherine Wilbur y la encontró ciertamente muy nerviosa. Quizá en atención a ella habían elegido, para asesinarlo, la otra habitación.

Se puso en pie rápidamente y se colocó de un salto junto a la puerta que daba acceso a la escalera. La pistola del nueve largo, arrebatada al capitán Carridge pocas horas antes, apareció en su mano.

—La función ha terminado, amigos. Mejor dicho, su función. La mía va a empezar ahora.

Katherine Wilbur reprimió el instintivo movimiento que la impulsaba a lanzarse sobre Halloway. Drake, sin moverse del asiento, dejó oír una risita irónica. El otro sujeto, Joe, desconcertado unos segundos, contempló alternativamente a sus dos compañeros.

—Explícate, Halloway —pidió Drake.

—Ya os explicaréis vosotros al F. B. I.

—¿El F. B. I.? —inquirió Katherine Wilbur con un hilo de voz.

—Sí. Una vez quise echarte un sermón, nena, ¿lo recuerdas? Me dijiste que no te impresionaba. Entonces te advertí que tal vez algún día te dieras cuenta de tu error. Ha llegado ese día, muchacha.

Las teorías de Clark Drake, respecto a la voluntad, se derrumbaron estrepitosamente. Comprendió que Halloway no hablaba en broma y su rostro reflejó un furor sin límites. Sus labios

temblaron al preguntar:

—¿Quién eres tú verdaderamente?

—¿Quién supones, Clark?

—¡Pertenece a los federales, maldita sea!

—Eres un tipo listo, Clark. ¿Cómo lo has adivinado? ¿Tal vez como yo adiviné que el jefe me había sentenciado a muerte?

—¿Cómo sabes que hay un jefe por encima de mí?

—Os moriríais de asombro si os dijera todas las cosas que yo sé. No os mováis, amigos. Creo que mis compañeros están llegando.

Efectivamente, abajo, en el almacén, el hombre que hojeaba la revista ilustrada oyó que llamaban de nuevo a la puerta. Nada le habían advertido acerca de una segunda visita, pero tampoco en contra de ella. Además, la llamada era correcta. Tres golpes espaciados. Abrió sin temor, y encontróse con el cañón de una pistola que le apuntaba a la cabeza.

—¡Quieto, hermano! —murmuró una voz.

Empezaron a entrar hombres que parecían surgidos de la nada. Otra voz dijo:

—Hasta ahora, todo va bien.

El gordo George Mitchell, que también, como Holloway, pertenecía al F. B. I., con el grado de inspector, musitó:

—Eso parece.

Subieron sigilosamente. Tan sigilosamente, que era casi imposible que los que ocupaban la habitación pudieran oírles.

Clark Drake decidió de pronto salir de su inmovilidad. Se levantó y avanzó hacia Holloway en actitud amenazadora.

—Tendré mucho gusto en apretar el gatillo, si continuas, Clark —amenazó el joven suavemente.

Su adversario comprendió que decía la verdad. No obstante, decidió arriesgarse. Agachóse y embistió contra Holloway, en rápido «plongeon». No llegó a tocarle, porque el agente especial se apartó de un salto, y la cabeza de Drake chocó contra la segunda puerta, aquella que daba acceso a la habitación donde los forajidos habían decidido mandarle al otro barrio.

Katherine Wilbur y Joe aprovecharon la oportunidad para lanzarse como energúmenos contra su enemigo.

Con el cañón del arma, Holloway golpeó violentamente la cabeza del sujeto que le había atacado e inmediatamente se

revolvió contra la chica. La aprisionó fuertemente del talle y trató de reducirla.

—¡Quieta, fiera!

Al mismo tiempo que se abría la puerta, y los hombres del F. B. I., con el inspector Mitchell al frente, irrumpían en el pequeño despacho, la otra se cerró y Halloway percatóse de que Drake acababa de huir.

Arrojó a la joven al suelo y trató de salir corriendo en persecución de Drake.

—No, Walter —le detuvo Mitchell—. La casa está rodeada. No podrá escapar.

Se oyeron unos disparos secos, unas órdenes de alto y enseguida tornó el silencio.

—Ése ya terminó —dijo el inspector Mitchell.

La muchacha forcejeaba violentamente entre dos de los agentes que habían acompañado a su superior.

—¡Maldito seas, Halloway! —masculló Katherine Wilbur, echando literalmente fuego por los ojos.

—¿Por qué te pones así con él, criatura? —preguntó el inspector.

—Porque le odio más que a nadie en el mundo.

—Yo no firmaré eso tan rotundamente. ¿No será todo lo contrario? En fin, ya tendrás tiempo de analizar tus sentimientos dónde vas a ir a parar.

A una seña de George Mitchell, los agentes se llevaron a los detenidos. El inspector se acercó a Halloway, que acababa de encender un cigarrillo.

Y bien, Walter, ¿cómo te decidiste a actuar tan pronto?

—Me encontraba en inminente peligro de muerte. Y otra persona, además, abocada quizá a la degradación. Por eso no podía esperar más, aunque corriera el riesgo de que el jefe de aquí escapara.

Mitchell se acomodó en la esquina de la mesa, y se puso a dar vueltas, instintivamente, al cenicero de cristal tallado que, materialmente colmado de colillas, había sobre ella.

—¿Te descubrieron a ti también?

—No.

—Entonces, ¿cómo dices que tu vida peligraba?

—Estorbo para los planes de alguien, no como agente del F. B.

I.; sino como simple hombre.

—¿Te explicarás de una vez, demonio?

—La explicación la tiene usted mismo en ese cenicero. Échele un vistazo y se convencerá.

Apenas lo hubo hecho, el grueso inspector se puso en pie violentamente.

—La suerte está de nuestra parte, inspector.

Siempre pensamos que existían dos jefes, pero ahora «sabemos» que ambos, el de aquí y el de Veracruz, son una misma persona.

—¿Cómo permitiste que escapara?

—No estaba aquí cuando yo llegué, pero parece ser que estuvo antes. ¿Supone para qué? Simplemente para ordenar personalmente mi eliminación. El tipo ese que se llevaron con la chica debe ser un simple asesino a sueldo, contratado para pasaportarme.

—En ese caso, hay que actuar con rapidez. ¿Pero, cómo?

—Se lo diré yo, inspector. Ketty, sin saberlo, me indicó la pista de lo que, quizá, sea el cuartel general de la banda.

—¿Qué quieres decir?

—¿Ha oído hablar alguna vez de un local llamado «Siboney»? Pues él es, probablemente, nuestra meta final. No va a resultar empresa fácil, pero...

—¡Vamos a intentarlo, Walter!

XII

SIGILOSAMENTE, los coches del F. B. I., se detuvieron a una distancia prudencial del «Siboney». Docena y media de agentes especiales, con el inspector George Mitchell y Walter Halloway a la cabeza, saltaron a tierra y se encaminaron hacia el establecimiento.

—¡Rodead la manzana! —ordenó Mitchell, en voz baja y perentoria—. ¡Vivos! Y estad atentos a la contraseña.

Halloway y el inspector llegaron ante el local. Grandes cartelones anunciaban el debut de la gran estrella internacional Enriqueta Obregón. Aquí la citaban por su nombre castellano.

Ambos hombres se miraron y cruzaron el umbral tranquila y despreocupadamente. El «Siboney» no tenía nada de particular. Era, aparentemente al menos, Un club nocturno como cualquiera de los muchos existentes en Manhattan. A lo sumo, podía encontrarse en él un cierto regusto sudamericano. Su mismo nombre prevenía a los clientes de lo que iban a encontrar allí.

Pero no prevenía de otras muchas cosas. Había que ser habitual de ciertos vicios inconfesables para conocer la sucia intimidad que no era posible apreciar a primera vista.

El «Siboney» estaba prácticamente atestado. Hombres y mujeres de difícil clasificación ocupaban todas las mesas y se arracimaban en el mostrador. Algunas parejas bailaban un descoyuntado mambo, bajo la voz acariciadora y medio sollozante de un mulato.

—¿No adivinará ese tipo a lo que venimos, Halloway?

—Puede que sí, señor. Pero hemos de arriesgarnos.

Un pesado tapiz llamó la atención de Halloway. Se lo indicó a su superior con un ademán y luego dijo:

—Lo intentaré yo primero, señor.

—Sí, hijo. Adelante.

No era fácil que alguien sorprendiera la maniobra de los dos policías. Sólo una persona que hubiera estado pendiente de ellos habría podido advertir sus movimientos. Sin embargo, no existía razón para que los vigilaran, salvo que el individuo del que sospechaban era el jefe de todo aquello les hubiera visto llegar.

Walter Halloway levantó el cortinaje y desapareció. Dentro del bolsillo apretó fuertemente la culata de la pistola del nueve largo que había pertenecido a Carridge.

Se encontró en un pasillo levemente iluminado, con puertas a ambos lados, y una escalera de caracol al fondo. Corrió hacia ella, la ascendió y encontróse en un vestíbulo circular con otra serie de puertas en torno.

A su olfato llegó un cierto olor acre y sintió un picorcillo peculiar en las fosas nasales.

—¡Marihuana! —murmuró—. Los síntomas son inconfundibles.

Un fornido individuo, especie de guardián de aquel paraíso de perdición, salió a su encuentro y le detuvo con un perentorio ademán. Halloway, sin darle tiempo a respirar, se arrojó sobre él y lo durmió de un soberbio culatazo.

Oyó pasos a su espalda y se volvió. Era Mitchell, que llegaba respirando con dificultad.

—¿Qué pasó, Walter?

—Este tipo parecía decidido a detenerme y lo he golpeado. ¿Huele usted algo, inspector?

—Este antro tiene unas condiciones de ventilación detestables. He descubierto «ranchos» en los cuales no se advertía el menor olor ni aun estando en el propio quemadero de «yerbas».

Convenientemente atado y amordazado, arrastraron al tipo a un cuartucho trastero y lo dejaron allí. Luego empujaron una puerta y el espectáculo que descubrieron era detestable.

Lo habían visto algunas veces, pero no por eso dejaron de sentir lástima y asco hacia aquellos individuos que aniquilaban su personalidad y su salud por unos minutos de ficticia felicidad.

La habitación era una especie de sala de visitas, un par de mesas, radio y televisión. Pero los sujetos que la ocupaban no apreciaban nada de lo que tenían a su alrededor. Vivían en un falso mundo de ensueños pecaminosos y destructores.

—Estabas en lo cierto, hijo. Todos fuman, cigarrillos de

marihuana.

No sólo había hombres, sino mujeres. Dos potentes ventiladores zumbaban en el techo, y en las paredes se advertían algunos respiraderos capaces de absorber el humo cuando los clientes no fuesen tan excesivos como en aquella ocasión.

—¿Qué buscan aquí?

Halloway y Mitchell se volvieron vivamente para encontrarse delante de un hombrón con cara de gorila y manos y pies de oso.

—¿Qué hemos de buscar, hermano? ¿No lo adivinas?

Antes de que hubiera tenido tiempo material de responder a sus palabras, Walter Halloway le hincó el cañón de su revólver en el estómago.

El gigante hizo una mueca dolorosa.

—Hacemos una visita de inspección, pequeño. Acompáñanos, pues necesitamos un guía.

El individuo no pareció comprender la ironía de Mitchell. Su estatura era tan grande como escasa su inteligencia. Sin embargo, comentó:

—Aquí no podéis estar. No os ha presentado ningún conocido. ¡Largo, o lo pasaréis mal! Súbitamente, de un manotazo, intentó desarmar al joven. Éste se apercibió de la maniobra y separó el arma, al tiempo que daba al hombrón un terrible puntapié en la espinilla.

—Sé buen chico o te enseñaré yo a comportarte —aconsejó Halloway, suavemente.

El gigante profirió un aullido ahogado y se arrojó sobre el agente: Halloway no tenía intención de disparar, por lo que hizo un quiebro con el cuerpo y evitó la embestida.

Cuando su enemigo, perdido el equilibrio, estaba a punto de caer, lo agarraron entre los dos policías por los fondillos del pantalón y lo estrellaron de cabeza contra una de las paredes. La madera de que estaban revestidas se rompió, y el sujeto quedó aprisionado por el cuello en la sorprendente y peligrosa trampa.

Sin preocuparse más de él, salieron de nuevo al pasillo y abrieron otra puerta. Aquí sorprendieron a un tipejo, atildadamente vestido, que sacaba fotografías a través de una especie de tronera. Lo derribaron inmediatamente y miraron ellos.

—¡Puaf, qué asco! —exclamó Mitchell, retirando los ojos del

nauseabundo espectáculo.

Una ola de repulsión acometió a ambos policías. Lo que se veía desde allí era indigno, pero más aún la actitud del fotógrafo y de quienes le habían ordenado sacar las placas. Se aprovechaban de una humana y rechazable debilidad para fotografiar todo aquello y extorsionar, después, a los incautos que habían caído en la trampa.

—Mejor que no ahondemos más en este sucio asunto, Walter —manifestó el inspector, enfermo de repugnancia—. Hiede que apesta. Ya tenemos suficientes pruebas para actuar.

—Las tenemos, señor.

Asomóse Halloway a una de las ventanas y encendió una cerilla. La retuvo un par de segundos entre los dedos y luego la arrojó al vacío. Era la señal acordada.

—Vamos abajo —volvió a hablar Mitchell—. No hay posibilidad material de que escape nadie.

Descendieron por la escalera de caracol y se detuvieron en el pasillo. Al fondo, junto al pesado cortinaje que cubría la puerta de acceso a la sala, descubrieron a dos tipos, con sendos revólveres en las manos. Los reconocieron al momento. Se trataban de Fred Walcott y de Brian Prentis.

—¡Nos han descubierto, Walter! ¡Duro con ellos!

Se arrojaron al suelo rápidamente y algunos proyectiles silbaron sobre sus cabezas. Los del F. B. I., replicaron adecuadamente a la agresión y advirtieron que sus enemigos se doblaban sobre sí mismos y acaban por caer a tierra.

—Ésos ya no harán más daño —comentó Halloway.

Desembocaron en la sala casi corriendo, después de haber saltado sobre los cadáveres de Walcott y de Prentis.

Al ruido de los disparos, la gente había comenzado a gritar y se apretujaba llena de temor. Dos agentes especiales, armados de metralletas, guardaban la puerta de la calle.

—¡Que nadie se mueva! Evitaremos así accidentes innecesarios —aconsejó Halloway.

Éste entregó a otro colega la máquina fotográfica arrebatada al tipejo atildadamente vestido, y se lanzó hacia el despacho del dueño o regente del local. La abrió de un empujón, pero encontró el cuarto absolutamente vacío.

Salió por una segunda puerta y se encontró en un pasillo

interior. Oyó pasos apresurados y avanzó precipitadamente. Los pasos se detuvieron en un recodo del pasillo, y luego ya no se le oyó más.

Ante el recodo, Walter Halloway se detuvo. Había vuelto casi otra vez a la sala del *cabaret* y percibió en una puerta la estrella distintivo del camerino de la máxima atracción. En aquel caso, ya sabía de quién se trataba. No podía ser otra que Ketty Obregón.

Empujó la puerta y se halló cara a cara con la joven y con Juan Ramírez.

—¡Hola, amigo! ¿Pensó alguna vez que nos encontraríamos tan pronto?

El mejicano, sin previo aviso, le arrojó un puñal que por poco pudo el agente eludir. Ramírez profirió una maldición e intentó sacar una pistola.

Halloway apretó el gatillo una sola vez, antes de que su adversario hubiera podido refugiarse tras la sorprendida y aterrorizada cantante. Falló el tiro y saltó hacia adelante como un gato.

Juan Ramírez, apresado por las piernas, cayó al suelo violentamente. Se revolvió enfurecido y golpeó a Halloway con dureza.

El agente especial acusó el puñetazo. Golpeó a su vez y notó que la mandíbula del mejicano crujía y se dislocaba. La sangre manchó sus labios e impecable camisa de seda con botonadura de perlas, y un destello asesino cruzó por sus negros, profundos y crueles ojos.

—¡Maldito seas, Halloway! ¡Ojalá hubiera dejado que mis amigos te apiolaran allá!

Se pusieron en pie ambos, prestos a saltar sobre el otro.

—Más te hubiera valido hacerlo, sí. Aunque dudo mucho que hubieras podido escapar a la ley. Cuanto yo iba descubriendo se lo comunicaba a cierta persona que tú conoces.

—A Mitchell, lo sé. Olfateé enseguida que era un policía, pero me equivoqué respecto a ti. Cuando supe que había embarcado en el «Kansas», supuse que iba vigilándote, y ordené a Carridge, por radio, que lo liquidara.

—Lo intentó, pero fracasó también.

Mientras hablaban, Halloway y el mejicano se observaban como fieras. Halloway volvió a lanzarse sobre su enemigo, y éste

consiguió evitar el cuerpo a cuerpo aquella vez, replicando al ataque adversario con un gancho de izquierda que hizo tambalearse al agente.

—Maldito, maldito seas, Halloway. Voy a triturarte.

Juan Ramírez, al decir esto, parecía sentir cierta satisfacción. Halloway sabía el por qué. No le odiaba solamente porque el joven era un policía y él un asesino. Se debía más bien a comprobar que Ketty Obregón se alejaba definitiva e inexorablemente de sus manos.

Halloway no se dejó sorprender. Le aprisionó con una llave de judo y le obligó a dar en el aire una voltereta sorprendente, prodigiosa y espectacular. La costalada fué tan terrible, que el mejicano, aunque lo intentó un par de veces, no consiguió incorporarse. Quedó inmóvil en el suelo, babeando y lagrimando de coraje y rabia.

Mientras, afuera, en la sala, había ido retornando la normalidad. Después de los disparos y las voces, un silencio opresivo se había apoderado progresivamente del establecimiento.

Halloway desarmó a Juan Ramírez, se arregló las ropas y abrió los brazos en un gesto sumamente expresivo. Ketty Obregón, trémula aún, refugióse en ellos y apoyó su bella cabeza en el pecho viril del agente.

—¿Qué ha pasado, Walter? No entiendo nada de cuánto he visto.

—Ya te explicaré luego más detenidamente. Ahora sólo debes saber que yo no soy marine.

—¿Qué eres, entonces?

—Pertenezco al F. B. I., y acabamos de destruir a una de las mayores y más peligrosas bandas de traficantes y contrabandistas que se ha conocido hasta ahora.

—¿Qué tenía que ver Juan con ella?

—Era el jefe. El verdadero cerebro.

—¿Cómo..., cómo sospechaste de él?

—Por sus cigarrillos especiales. Aunque le gustaba actuar relativamente en la sombra todo lo posible, no tuvo la debida precaución. Yo descubrí algunas de esas colillas inconfundibles en una casa de Veracruz, cuando visité a Kells y a sus otros dos cómplices. También encontré el mismo rastro en una casa-almacén

de Nueva York. Até cabos y...

—¡Voy a volverme loca, Wal! Sí Juan y Kells eran tan amigos, ¿por qué lo mató? ¿Por qué se puso de tu parte cuando tú peleaste con Kells y otros junto al «Tijuana»?

—Todo tiene una explicación lógica y humana. Lo hizo por ti. Mató a Kells para impedir lo que éste había tramado contra ti. Yo también lo hubiera hecho, si me llego a enterar. Me ayudó a mí para hacer méritos ante tus ojos. No era como Kells. No le gustaba conquistar por fuerza a las damas. Representó una comedia para apoderarse de los documentos que te comprometían, de acuerdo con Walcott y Prentis. Yo se los entregué y tú los quemaste...

—¡Pe..., pero él sabía que yo te quería a ti! Nunca le oculté lo nuestro. ¿Cómo pensaba que podía yo olvidarte y aceptar sus requiebros?

—No pensaba eso, querida. Una vez ganada tu confianza, como la había ganado, su primer paso fué sacarte de Veracruz y traerte a Nueva York. Lo demás lo tenía perfectamente meditado. Pagó a un tipo para que me liquidara.

Muerto yo, tú acabarías por ceder a sus halagos.

—Tú intuías todo eso y... y de ahí que... me hicieras prometerme no aceptar a nadie, no olvidarte, por nadie. «Ni por Juan ni por ninguno», dijiste, poco más o menos. ¿Por qué no me advertiste?

—No podía correr el menor riesgo. Y no quiero ahora pensar lo que habría sido de ti..., si los planes de ese sujeto se cumplen.

—Yo... yo tampoco..., querido. Cre... creo que voy... a desmayarme.

No acabo de decirlo y ya había quedado lacia entre los poderosos brazos del agente especial. Éste la levantó en vilo y la besó en los labios suavemente.

George Mitchell apareció en aquel momento en el umbral de la puerta del camerino y sonrió. Acercóse a Juan Ramírez y le puso unas bonitas esposas en las muñecas.

—Tenías razón, Walter. Juan Ramírez era el jefe. Aquí se le conocía por John Gallostra, el apellido de su madre. Estaba nacionalizado americano y el «Siboney» era suyo. Todo concluyó, gracias a ti, hijo.

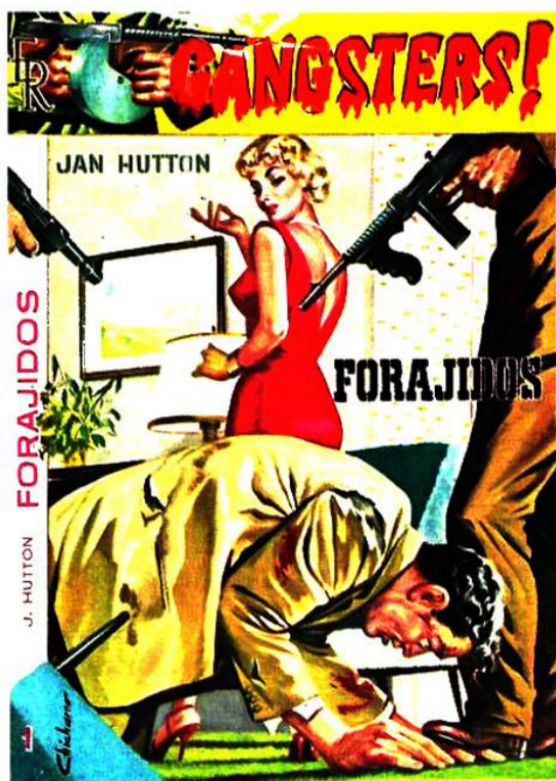
—¿Todo, señor? Yo no soy tan optimista. En lo que me concierne, pienso que ahora empieza verdaderamente mi más

peligrosa aventura.

FIN

EDITORIAL ROLLAN

PRESENTA



GANGSTERS = DUREZA
VAMPS = PASION
KILLERS = CRUELDAD

EDICOLOR, S. A., MADRID - 1960

**PRECIO DE ESTE
VOLUMEN: 6 PTAS**

